

HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

II

SUMARIO:

ENSAYOS DE *ANTONIO MACHADO* Y *DÁMASO ALONSO*.
POEMAS DE *RAFAEL ALBERTI*. NOTAS DE *J. GIL-ALBERT*,
B. CLARIANA, *A. GAOS*, *ROSA CHACEL*, *A. SÁNCHEZ BAR-*
BUDO, *R. DIESTE* Y *J. RENU*. ROMANCES DE *EMILIO PRADOS*.



Viñetas de Ramón Gaya. Valencia, Febrero, 1937.

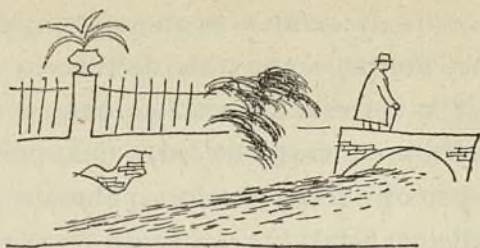
HORA
DE
ESPAÑA

Tipografía Moderna, Primado Reig, 9 - Teléfono 11062 - Valencia

ENSAYOS
POESIA
CRITICA



AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR



SIGUE *HABLANDO* *MAIRENA A. SUS ALUMNOS*

Siempre he creído, con Benedetto Croce, en la índole moral—la naturaleza práctica—del error. Los tópicos más solemnes y equivocados son hijos de voluntad perversa, no sólo de razón extraviada. Muchos son verdaderos sacos de malicias o cajas fatales de Pandora. Algún día tendremos que agarrarnos a donde bien podamos, para ver lo que lleva dentro eso de la *revolución desde arriba*.

*

¡Revolución desde arriba! Como si dijéramos—comentaba Mairena—renovación del árbol por la copa. Pero el árbol—añadía—se renueva por todas partes, y, muy especialmente, por las raíces. Revolución desde abajo, me suena mejor. Claro

que «revolución desde arriba» es un eufemismo desorientador y descaminante. Porque no se trata de rénovar el árbol por la copa, sino, ¡por la corteza! Reparad en que esa *revolución desde arriba* estuvo siempre a cargo de los viejos, por un lado, y de las *juventudes*, por otro (conservadoras, liberales, católicas, monárquicas, tradicionalistas, etc.), a cargo de la vejez, en suma. Y acabará un día por una *contrarrevolución desde abajo*, un plante popular, acompañado de una inevitable rebelión de menores.

*

La cultura, vista desde fuera, como la ven quienes nunca contribuyeron a crearla, puede aparecer como un caudal en numerario o mercancías, el cual, repartido entre muchos, entre los más, no es suficiente para enriquecer a nadie. La difusión de la cultura sería, para los que así piensan, un despilfarro o dilapidación de la cultura, realmente lamentable. Esto es muy lógico. Pero es extraño que sean, a veces, los antimarxistas, que combaten la interpretación materialista de la historia, quienes expongan una concepción tan espesamente materialista de la difusión cultural.

*

En efecto—añadía Mairena—la cultura vista desde fuera, como si dijéramos, desde la ignorancia o, también, desde la pedantería, puede aparecer como un tesoro cuya posesión y custodia sean el privilegio de unos pocos; y el ansia de cultura que siente el pueblo, y que nosotros quisiéramos contribuir a

aumentar en el pueblo, como la amenaza a un sagrado depósito, la ingente ola de barbarie que lo anegue y destruya. Pero nosotros, que vemos la cultura desde dentro, quiero decir desde el hombre mismo, no pensamos ni en el caudal, ni en el tesoro, ni en el depósito de la cultura, como fondos o existencias que puedan repartirse a voleo, mucho menos ser entrados a saco por la turba indigente. Para nosotros, difundir y defender la cultura son una misma cosa: aumentar en el mundo el humano tesoro de conciencia vigilante. ¿Cómo? Despertando al dormido. Y mientras mayor sea el número de despiertos... ¿Qué piensa el oyente?

—Que, desde ese punto de vista—respondió el oyente—, la difusión de la cultura sería en beneficio de la misma, contra lo que piensan quienes pretenden defenderla como privilegio de clase. ¿Es esto lo que se trataba de demostrar?

—Ni más ni menos.

—Repare usted, sin embargo, querido maestro, en que ese punto de vista es exclusivamente el nuestro. Nosotros, futuros alumnos o maestros de la Escuela Popular de Sabiduría Superior, sólo pretenderíamos despertar al dormido, y sólo de este modo contribuiríamos a la difusión de la cultura. Pero enfrente de nosotros estarán siempre, no precisamente los dormidos, sino aquellos que, medio desvelados, no quieren despertar del todo, ni mucho menos despertar a su prójimo. No sé si me explico.

—Prosiga.

—En nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior habría pocos alumnos, lo que no supondría un daño para la Escuela; pero serían muchos, en cambio, los enemigos de ella, los que

pretendieran cerrarla. Y aun días pudieran llegar en que a profesores y alumnos de la tal escuela nos oliese la cabeza a pólvora. Ojo a esto, que es muy grave.

Los alumnos de Mairena rieron la última frase del oyente, que parecía remedar el estilo del maestro.

—Tendríamos, en efecto, muchos enemigos—observó Mairena—, lo que no implica ninguna seria objeción a nuestra tesis. ¿Conformes?

—Conformes.

*

Para mí—continuó Mairena—sólo habría una razón de peso contra la difusión de la cultura—o tránsito desde un estrecho círculo de elegidos y de privilegiados a otros ámbitos más extensos—si averiguásemos que el principio de Carnot rige también para esa clase de energía espiritual que despierta al dormido. En ese caso, habríamos de proceder con sumo tiento; porque una difusión de la cultura implicaría, a fin de cuentas, una degradación de la misma, que la hiciese prácticamente inútil. Pero nada hay averiguado sobre este particular. Nada serio podríamos oponer a una tesis contraria que, de acuerdo con la más acusada apariencia, afirmase la constante reversibilidad de la energía espiritual que produce la cultura, como no fuese nuestra duda, más o menos vehemente, de la existencia de la tal energía. Pero esto habría de llevarnos a una discusión metafísica en la cual el principio Carnot-Clausius, o no podría sostenerse, o perdería toda su trascendencia al estadio de la pedagogía.

*

Vamos a otra cosa o, mejor dicho, a examinar otro aspecto de la cuestión. Nuestra *Escuela Popular de Sabiduría Superior* tendría muchos enemigos; todos aquellos para quienes la cultura es, no sólo un instrumento de poder sobre las cosas, sino también, y muy especialmente, de dominio sobre los hombres. Nos acusarían de corruptores del pueblo, sin razón, pero no sin motivo. Porque si la cultura sirve a unos pocos para mandar, sólo hay una manera muy otra que la nuestra de conservarla: enseñar a obedecer a todos los demás. Y reparad en que esos hombres se preocupan, a su modo, de la educación del pueblo, tanto o más que nosotros. ¿Tendríamos enfrente a la Iglesia, órgano supremo de salvación de las masas? Acaso. Pero no por motivos de competencia. Porque a nosotros no nos preocupa la salvación de las masas. Recordad lo que tantas veces os he dicho. El concepto de masa aplicado al hombre, de origen eclesiástico y burgués, lleva implícita la más anticristiana degradación de nuestro prójimo que cabe imaginar. Muchas gentes de buena fe, nuestros mejores amigos, lo emplean hoy, sin reparar en que el tópico proviene del campo enemigo. Salvación de las masas, educación de las masas... Desconfiad de ese yerro lógico, que es otra terrible caja de Pandora. Se me dirá que el concepto de masa, puramente cuantitativo, puede aplicarse al hombre y a las muchedumbres humanas, como a todo cuanto ocupa lugar en el espacio. Sin duda; pero a condición de no concederle ningún otro valor cualitativo. No olvidemos que, para llegar al concepto de masas humanas, hemos hecho abstracción de todas las cualidades del hombre, con excepción de aquella que el hombre

comparte con las cosas materiales: la de poder ser medido con relación a unidad de volumen. De modo que, en estricta lógica, las masas humanas ni pueden salvarse, ni ser educadas. En cambio siempre se podrá disparar sobre ellas. He aquí la malicia que lleva implícita la falsedad de un tópico que nosotros, demócratas incorregibles y enemigos de todo señoritismo cultural, no emplearemos nunca, por un respeto y un amor al pueblo que nuestros adversarios no sentirán nunca.

ANTONIO MACHADO.



LA INJUSTICIA SOCIAL

EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

(APUNTES)

La importancia de la literatura como factor de propaganda social en el siglo XIX, no ofrece duda. Otro día lo veremos con algún pormenor; pero, aun desde ahora, creo que nadie puede discutir que uno de los mayores difundidores del sentido de protesta ante la injusticia social, ha sido la gran novela europea de ese siglo y de lo que va del XX. No ya sólo en autores que vieron claro y plantearon nítidamente el problema, o en los que llevaban dentro de sí un fermento genial de rebeldía: los más alejados de toda intención revolucionaria—sólo con que fueran genuinos artistas—han colaborado en esta obra. Bastaba dar a la humanidad un espejo fiel para que ésta no pudiera por menos de abochornarse al ver la propia imagen manchada por tantas vergüenzas.

Para el siglo XIX no cabe duda. Pero lo cierto es que también de mucho antes, de la misma Edad Media, procede una generosa tradición literaria de defensa del pobre y del desheredado. De esta línea o

ascendencia tradicional quiero poner aquí unos cuantos ejemplos, cuya elección ha dependido en gran parte del azar, todos ellos de nuestra propia literatura. Los de hoy no van más allá del siglo xvi. En otros artículos procuraré completar una ojeada general sobre este tema en la literatura española. Entiéndase bien que lo que presento es sólo una serie de calas, abiertas acá y allá, en puntos más bien distantes, nada (como dicen por ahí) «exhaustivo». Pero al ir a comenzar surge una cuestión previa: hay que apartar una clase de textos que ahora no nos sirven y podrían inducirnos a error.

1. UNA FALSA PISTA

La religión cristiana ha defendido constantemente al pobre (por lo menos, en los expositores de la doctrina) y ha excitado al rico a la caridad; pero (para el caso de que el rico no respondiera) ha dado como final consuelo para el hambriento la esperanza en un reino mejor, donde no existirían el hambre ni el trabajo. El pobre—símbolo de Cristo—recibe siempre en esta literatura un trato de favor frente al hacendado y al poderoso.

Tomemos cualquiera de nuestras «danzas de la muerte», desde la anónima de fines del siglo xiv o principios del xv, hasta *El gran teatro del mundo*, de Calderón, pasando por la trilogía de las *Barcas*, de Gil Vicente; sirva de ejemplo la obra más antigua de la serie. En *La Danza de la Muerte* (1), de hacia 1400, ésta va llamando a todos los humanos: al Papa, al Emperador, al Cardenal, al Duque, todos ellos atentos a sus riquezas y vanidades. Todos protestan y quisieran no entrar en la fúnebre danza. Ved cómo pide su caballo el Condestable, pensando neciamente que podrá escapar:

«¡Venid, camarero!: decid a mi paje
que traiga el caballo, que quiero fuir,
que ésta es la danza que dicen morir...

Pero le frenan unas palabras heladas de la gran vengadora:

Fuir non conviene al que ha de estar quedado.
¡Estad, Condestable! ¡Dexad el caballo!
Andad en la danza, alegre, muy ledo...

(1) Biblioteca de Autores Españoles, t. 57.

El cura, convocado a la macabra fiesta, sólo piensa en los «pollos y lechones» que le daban los fieles de su parroquia, en las obladas, el pie de altar y los diezmos. Pero la Muerte, con burla cruel, le arranca de su locura :

Ya non es tiempo de yacer al sol
con los perroquianos, bebiendo del vino ;
yo vos mostraré un remifasol
que agora compuse, de canto muy fino...

Entre tanto desvarío y tanta liviandad, sólo el pobre labrador sabe contestar al requerimiento de la Muerte con unas palabras llenas de nobleza :

¿Cómo conviene danzar al villano
que nunca la mano sacó de la reja ?
Busca, si te place, quien dance liviano,
¡déxame, Muerte, con otro trebeja !

Por una vez también la Muerte abandona su agrio sarcasmo, y le contesta que, si ha trabajado honradamente, en la «gloria eternal» tendrá su recompensa.

En la gloria eternal, sí... Pero, ¿y en el siglo presente, qué?

Sufrimiento, hambre, trabajo, enfermedades. No, no es ésta la literatura que ahora nos interesa. La literatura de propaganda cristiana, en este punto, no va más allá de preparar una atmósfera de simpatía hacia el pobre. Los ejemplos de que quiero tratar son de otra clase : son aquellos en los que existe una protesta más o menos señalada, más o menos vehemente o insistente, contra la desigualdad económica de los hombres en este mundo en que vivimos, sin miras ni consolaciones ultraterrenas, con un gesto —apenas iniciado, a veces, pero otras muy claro—de inconformidad o rebeldía.

2. EN EL «LIBRO DE BUEN AMOR»

Aquel arcipreste cetrino, de gruesos labios rojos y ojillos apicarados, aquel gran doñeador que andaba por el mundo buscando ayuntamiento con fembra placentera (a ser posible «ancheta de caderas» y con los sobacos «un poco húmedos»), que nos dejó en su *Libro de Buen Amor*, en una enorme carcajada, la más valiente sátira de la sociedad del si-

glo XIV, ¿qué intención tuvo al componer su obra genial, cumbre de la literatura española de la Edad Media?

¡Qué libro este de *Buen Amor*! Nunca en las letras de España ha habido un humor tan fino, tan deslizante, tan escurridizo como el de este clérigo de una época, ruda si la comparamos con las maravillas y delicadezas de ahora. Tan escurridiza su ironía, que, si no se agarra bien el lector, cae también, a la zaga, por el trampolín abajo. A mí me recuerda el humor anfibológico de Samuel Butler. Cuando Butler publicó *The fair haven*, hubo un cándido dignatario de la iglesia anglicana que lo leyó, picó en el anzuelo, y se lo envió a un amigo suyo agnóstico, ¡al que deseaba, precisamente, convertir!

En libros de esta naturaleza no nos puede extrañar el despiste de los lectores. Puymaigre vió en el Arcipreste de Hita (según cita de Menéndez Pelayo), «un precursor de Rabelais, un libre pensador en embrión, un enemigo solapado de la Iglesia». De aquí a la inocente opinión de Amador de los Ríos y Cejador, que le tienen por un varón de austeras costumbres y honda intención moral dentro de una estricta ortodoxia, ya hay distancia. Pues póngase aun en medio el juicio de Menéndez Pelayo (2); según el gran crítico, Juan Ruiz había sido un «clérigo libertino y tabernario» y su libro, ante todo y sobre todo, una gran carcajada. ¿No dan ganas de mirar la crítica histórica con escepticismo al ver a estos cuatro sabios varones opinar de un modo tan divergente?

Probablemente todos ellos han dicho algo de verdad. Que el Arcipreste amaba con frenesí la vida, que le gustaban las buenas mozas y la buena mesa, y aun todo lo que tiene volumen, olor y color, todo lo que se puede oler y palpar o morder, es indudable. ¡Precisamente por esto salió tan hiriente, tan desaforado realista! Que hay una intención moral en el libro, tampoco se puede dudar: todo gran satírico es un gran moralizante. Pero su moral, no es una moral al uso, para que sesteen los favorecidos por la fortuna, los usurpadores del poder. Su libro es un grito

(2) Men. Pelayo, *Antología de poetas líricos*, t. 3; Amador de los Ríos, *Hist. crítica de la literatura española*, t. 4; Cejador, edición del *Libro de Buen Amor*, «Clásicos Castellanos», ts. 14 y 17 (todas las citas de este artículo proceden—por no tener a mano la de Ducamin— de la edición de Cejador, por cierto nada recomendable; véanse en ella las coplas 246-256 y 490-513).

de rebeldía contra aquella sociedad, contra el orden social de aquella época. Y en las cárceles arzobispaes de Toledo, el buen Juan Ruiz, que tanto amaba la libertad, el aire libre, el sol, las duras serranías carpetovetónicas (¡ él mismo era tan *carpetovetónico* !), se cargó de razón, y de amor y de odio a la par, y escribió su libro turbio, jocundo y amargo. Sí, yo estoy mucho más cerca que de otra alguna, de la opinión expresada (¡ y ya ha llovido !) por el viejo Puymaigre.

Presentar pruebas exigiría un estudio especial que espero poder escribir algún día. Pero quería decir esto porque, desgraciadamente, la consideración de las desigualdades sociales sólo ocupa una pequeña parte dentro de la formidable crítica de todo un orden social que es el libro. Es necesario entrar dentro del ambiente general de protesta que se respira en la obra para que cobren todo su significado las imprecaciones a los maleficios del dinero o las burlas contra los avarientos que acá y allá en el libro encontramos.

Juan Ruiz odiaba al rico avariento :

Tú eres avaricia, eres escaso mucho,
al tomar te alegras, el dar no lo has ducho (3) ;
no te fartará Duero con el su agnachucho (4) ;
siempre me fallo mal, cadaque (5) te escucho.

Se encontraba mal, sentía hasta repugnancia física, cada vez que oía hablar a aquellos ricos insaciables a los que no podría hartar ni todo el caudal del gran Duero. Y en otro pasaje les increpa : os pasaréis como el rocío o como la flor del heno, vosotros, los ricos llenos del pan y de los dineros que forzasteis de lo ajeno, que robasteis al prójimo :

...agora que estás lleno
de pan e de dineros que forzaste (6) de l'ajeno,
non quieres dar al pobre un poco de centeno :
¡ ansí te secarás como rocío e feno !

Sus maldiciones al dinero, cierto que no son una originalidad del

(3) «No lo has ducho» : no lo tienes por costumbre.

(4) «Agnachucho» : caudal de agua.

(5) «Cadaque» : cada vez que.

(6) «Forzaste» : robaste.

poeta, sino casi un lugar común de la literatura europea de la Edad Media, pero, ¿acaso no revelan la posición del autor ante las injusticias sociales? Todo se vende por dineros, nos dice, las mujeres lo mismo que las indulgencias :

Si tovieres dineros habrás consolación,
placer e alegría e del Papa ración,
comprarás paraíso, ganarás salvación...

El rico se libra de la prisión por dineros, en cambio el pobre va a dar con sus huesos a la cárcel («al que non da dineros, échanle las esposas»). Nada se consigue sino por el dinero : «el que non tiene que dar, su caballo non corre», nos dice en una ocasión, y en otra nos muestra al dinero en función de juez que guiña el ojo picarescamente, compinchado en el soborno : «do el dinero juzga, allí el ojo guiña». El dinero da su vana gloria en magníficos palacios a los poderosos :

Vi tener al dinero las mayores moradas,
altas e muy costosas, fermosas e pintadas,
castillos, heredades, villas entorreadas.

Mientras tanto el pobre ve cómo le embargan su casilla y su pegujal :

Face perder al pobre su casa e su viña,
sus muebles e raíces, todo lo desaliña.

Y concluye el poeta :

En suma te lo digo, tómallo tu mejor :
el dinero, del mundo es gran revolvedor,
señor face del siervo e del siervo señor.

Digámoslo todo. Si el lector, tan esperanzado como de buena fe, sigue avanzando en la lectura, se llama pronto a engaño, cuando ve que toda la anterior declamación contra el dinero tan «gran revolvedor», causador de tantas injusticias, está puesta en boca del Amor, el cual se la está diciendo al mismo Arcipreste, para que, percatado el de Hita de la importancia que tiene el saber dar, dé a manos llenas a la alcahuela intermediaria de sus amores :

Por ende a tu vieja sé franco e llenero (7).

(7) «llenero» : dadivoso.

No hay razón para escandalizarse. El Arcipreste no está haciendo sino aplicar el método anunciado (con frase antirrabelaisiana) al principio de la obra :

E porque de buen seso non puede ome reir,
habré algunas burlas aquí a enxerir... (8).

Así, al increpar las injusticias del dinero, nos ha dicho lo que tiene en su corazón, pero teme que el lector se aburra de moralidades, y entremezcla con ellas la bufonada. Moralidad, chocarrería : dos aspectos imprescindibles en el *Libro de Buen Amor*: querer ignorar cualquiera de los dos, equivale a dejar escapar el secreto del libro, que en eso reside, en el choque grotesco entre ambos.

No, el Arcipreste no podía estar bien avenido con las desigualdades sociales, como con tantas otras injusticias del mundo que le rodeaba. Y tenía que ser así, porque Juan Ruiz era, entrañablemente, pueblo, hasta tal punto que entre los muchos valores de su libro, ninguno más evidente que el de ser un genial estallido de expresión hispánica. Ya se pueden afanar los eruditos en buscarle fuentes (9). Su ciencia es sobre todo y ante todo ciencia popular, *folklore*; él toma el semierudito mester de clerecía y le infunde un espíritu juglaresco (10), al mismo tiempo que, irregularizando su forma, le hace instrumento mucho más apropiado para finos matices estilísticos ; él entrega su obra al pueblo, invitándole a ser su colaborador :

Cualquier ome que l'oya, si bien trovar sopiere,
puede más añadir e enmendar si quisiere.
Ande de mano en mano, cualquier que lo pediere.
Como pella (11) las dueñas, tómelo quien podiere.

Cualquiera que oiga mi libro—dice—añada o enmiende a su placer (con tal de que sepa versificar). Ande mi obra de mano en mano, como la pelota cuando juegan varias mujeres, que unas a otras se la echan. En-

(8) «enxerir» : entremezclar.

(9) Existen varias perfectamente conocidas, pero esto no obsta al predominio del sentido popular en la obra.

(10) Véase : Men. Pidal, *Poesía juglaresca*, págs. 266 y siguientes.

(11) «pella» : pelota.

tréguese a quien lo pida, sea quien fuere. Sí: Juan Ruiz, hijo del pueblo por su nombre de escueta castellanía lo mismo que por su inspiración y su expresión, entrega su obra al pueblo. Y que éste supo recibirla y gustarla nos lo prueba un emocionante testimonio recogido por Menéndez Pidal (12). En las hojas últimas de una crónica se han conservado, mal borronados, los apuntes del programa callejero de un juglar del siglo xv. Fríos chistes, bufonadas, alguna pirueta, tal trozo de éxito de un autor popular, y, al final, pedir unas monedas dando la vuelta por el corro. (¡Qué lejanía la de la humilde representación! ¿Por qué plazas? ¿En qué ferias?). El pobre juglar no tenía muchos recursos. Cuando el público se le aburre, anuncia que va a hacer una vistosa cabriola:

Agora quiero dar un salto
cual nunca dió caballo rucio nin castaño.

Pero, sin duda, ningún recurso más eficaz que estas palabras mágicas: «Agora comencemos del libro del Arcipreste...» Dice así el juglar, y en medio del silencio expectante que el nombre de Juan Ruiz, sin duda, produce en el auditorio, comienza a ensartar trozos del *Libro de Buen Amor*. ¿Y cuál es uno de los pasajes elegidos para mover al bueno, al cándido, al pobre público de la plazuela? Pues precisamente ese de las injusticias que se cometen por el dinero, ese que hemos elegido como prueba de la protesta del Arcipreste ante la división de la sociedad en ricos y pobres. Y así aquella sesión en una plazuela de Guadalajara, o de Segovia, o de Toledo, una tarde del siglo xv, se transformaba, a la sombra del nombre jocundo del Arcipreste, en un esquemático proyecto, en una vislumbre de mitin social.

3. EN EL «LIBRO DE MISERIA DE OMNE»

Son matices expresivos y su asociación dentro de una obra que tiene un tono general de protesta contra la sociedad de su tiempo, lo que nos ha obligado a detenernos ante algunos pasajes del Arcipreste de Hita. Al lector que desconozca el carácter general del libro, tal vez le parezcan

(12) Men. Pidal, *obra citada*, págs. 300 y siguientes.

una simple declamación retórica como las que sobre temas análogos existen bastantes veces en la literatura de la Edad Media.

Para valorizar, pues, los citados lugares del Arcipreste, necesitamos un momento de reflexión y pausa. Pero hay un oscuro poeta (vivió, probablemente pocos años después que Juan Ruiz) que, por excepción entre la literatura de aquella edad, toma ante la injusticia social una actitud clara y decidida. Me refiero al desconocido autor del *Libro de miseria de omne* (13) (*Libro de la miseria del hombre*), poema de la última decadencia del mester de clerecía, el cual, si atendemos a las condiciones de lenguaje y versificación, parece que debió ser escrito muy a fines del siglo XIV. En esta obra, su autor—probablemente clérigo—siguió bastante de cerca el tratado de Inocencio III *De contemptu mundi*. Pero el pasaje de que voy a tratar ahora—casi único lugar en que se anima el pesadísimo poema—se puede decir que es original, pues no pudo más que ser sugerido muy de lejos por el modelo. El haber metido dentro de su libro esta estampa de las lamentables condiciones de vida de los siervos en contraste con la holganza de los señores, revela una preocupación, un tema de meditación favorito del poeta, y una postura ante los hechos sociales que no he de vacilar en calificar de revolucionaria.

El poeta nos describe la visita que hace un señor a la casa de su siervo. Es ya el atardecer. El señor se divierte cazando por los alrededores del lugar. Y envía por delante a su escudero a casa del siervo para que éste le tenga preparada cena. Bien querría ocultar lo que tiene, pero, por su desgracia, ¿qué remedio le queda sino ponerlo a disposición del amo?

Cuando en casa del siervo el señor quiere cenar
envía su escudero que lo faga adobar (14):
el siervo malventurado lo que ha quiere negar,
mas con todo, ¡negro día!, halo de manifestar.

La estrofa siguiente no carece de humor. Por esta vez la diversión le ha salido al señor fallida. Mientras el escudero ha ido a cumplir el en-

(13) Editado por Artigas en *Boletín de la Biblioteca Men. Pelayo*, t. I, 1919; el pasaje que comento ha sido reproducido en mi *Antología de la poesía medieval*.

(14) «adobar»: guisar.

cargo, el señor ha estado cazando por las viñas. En vano ha recorrido valles y oteros : la caza parece haber desertado de aquellos lugares. ¿Hay que decir que el frustrado cazador vuelve de un humor lamentable? No es para menos : lleva muy cansados los perros y la cabalgadura. Y su azor—aquel delicado ser por el que habría pagado tanto dinero y al que tantos desvelos habría dedicado para cuidarlo según el complejo arte de la cetrería—hambriento ahora, prorrumpe en chillidos. ¿Si se irá a enfermar? No nos maravilla, pues, que al entrar en la casa del siervo, que va a servir de posada por aquella noche al señor, éste—con grosería de poderoso—dé señales manifiestas de venir terriblemente enojado. El pobre siervo teme la ira de su amo, y, no pudiendo desaparecer, se encoge lo más posible, se comprime «como mur en el forado», como ratón en el agujero. ¿Es esto literatura española del siglo XIV? Esta descripción, ¿no se pensaría escrita a fines del siglo XIX o principios del XX? :

El señor en este comedio (15) por las viñas va a cazar ;
anda valles e oteros, caza non puede trovar :
trae cansada la bestia, los canes quieren folgar,
el azor anda gritando por amor de se cebar.

El señor viene aposado, el su rocín muy cansado ;
trae sus canes fambrientos, e el azor non cebado.
Cuando entra en la posada muéstrase muy airado ;
el siervo está apremiado como mur en el forado (16).

¡ Oh, bien querría el pobre desaparecer ! Pero no le queda más remedio que adelantarse e ir, «como buey que pone su cerviz al yugo», a besar la mano del señor. ¡ Qué hacer ! Si tiene gallina en la casa, servirá para cebar el halcón ; y si no la tiene, habrá de ir a comprarla y pagar por ella lo que le pidan. (¡ Aquellos caros y caprichosos bichos no comían menos !) Más aún : el buey, el pollino o el cerdo de la mísera casa serán arrojados de ella, porque hay que hacer sitio para que el amo coloque su rocín ; y aquel pobre hombre y sus hijitos, tras quedarse sin su cena, para que el señor pueda dormir a sus anchas, tendrán que ir a pedir alojamiento a casa de un vecino :

(15) «en este comedio» : entretanto.

(16) «apremiado como mur en el forado» : encogido como el ratón en su agujero.

Maguer quiera o non quiera haber se ha de demostrar,
como buey a la melena (17) va su mano a besar.

Desende (18) si ha gallina, si non irla ha a buscar
pora (19) comprarla como quier pora el azor cebar.

E, demás, si ha el siervo buey o puerco o pollino,
sacárgelo ha de casa e metrá í (20) su rocino;
será desapoderado del su pan e del su vino
e yazrá con sus fijuelos en casa de su vecino.

En fin, continúa el autor, la sogá se rompe por lo más delgado y el que paga el pato es siempre el pobre. De donde deduce el poeta la desconsoladora conclusión siguiente:

Onde dice gran verdad el rey sabio Salamón:
el siervo con su señor no andan bien a compañón,
nin el pobre con el rico non partirán bien quiñón
nin será bien segurada la oveja con el león.

Las ovejas—los pobres—no van seguras con los leones—los ricos—. Grave, peligrosa conclusión. ¿No es, acaso, dar por fracasada la caridad? Y, fracasada la caridad, ¿qué puerta quedaba, entonces, abierta para remedio de la injusticia?

4. EN LA LITERATURA ERASMISTA

En la primera mitad del siglo XVI se produce en España una gran oleada de fervor espiritual, y está a punto de tener lugar una verdadera revolución religiosa. Al ansia de una religión más intensa e íntima que ya sentían los focos de «alumbrados» existentes en nuestro país, viene a sobreponerse ahora la difusión de las doctrinas de Erasmo. Un librito de este autor, el *Enquiridion o manual del caballero cristiano* (21),

(17) «como buey a la melena»: como buey al yugo.

(18) «desende»: luego.

(19) «pora»: para.

(20) «í»: allí.

(21) Editado por mí junto con la *Paráclesis* del mismo Erasmo. Forma el «Anejo XVI» de la *Rev. de Filología Española*, Madrid, 1932. Los pasajes de Erasmo que cito en el texto, figuran en las págs. 222, 322, 330-1 y 335; para la historia del erasmismo en España, véase, en el mismo libro, el interesante prólogo de Bataillon.

cuya traducción castellana por el Arcediano del Alcor aparece entre 1525 y 1526, sirve de centro a aquella gran marejada. Erasmo, en sus traducciones españolas y en especial en la del *Enquiridion*, predica a todos una religión espiritual, llena de entusiasmo paulino y de desprecio por las devociones externas, ayunos, peregrinaciones, oración vocal, etc., a las cuales llega a llamar «prácticas judaicas».

Pero los tiempos son de mucho peligro. Las doctrinas luteranas acaban de ser condenadas de un modo formal (en 1519), y la iglesia romana se dispone a la defensa, a ese vasto movimiento de reacción a lo largo de un extenso frente europeo, que llamamos «Contrarreforma» y que se perfecciona años más tarde en Trento. Nada más natural, según eso, sino que los frailes de nuestra tierra, temerosos de que desapareciera el ilimitado poderío que ejercían en España, pusieran el grito en el cielo al contemplar los valientes avances de la literatura de Erasmo.

Aun antes de publicarse el *Enquiridion*, cuando se hacían gestiones para la impresión, tocaron ya a rebato. Y, luego, los ataques no cesan. En la campaña no deja de haber episodios graciosos. Tal atacante le reprocha a Erasmo el haber ensalzado la teología «germana» (tan peligrosa en aquella época de luteranismo); cuando Erasmo había empleado la palabra «germana» en el sentido de «genuina, legítima», que el vocablo tiene en latín. Otro aseguraba que al traductor del «Cherrión» o «Chicharrón» («Enchiridion» quería decir, pero lo decía mal) se lo había tragado, por réprobo, milagrosamente la tierra. En fin, para impedir la difusión del libro llegaron sus contrarios a situar estratégicamente a la puerta de las tiendas de los libreros (*per tabernas librarías*) algunas personas que disuadían a los presuntos compradores, enumerándoles los monstruosos errores heréticos del autor.

El fin que perseguían los frailes era que se prohibiera el libro. Y estuvieron a punto de lograrlo ya entonces. Pero Erasmo tenía también valedores influyentes: le protegían en la Cancillería imperial, y eran admiradores suyos nada menos que el Arzobispo de Toledo, Fonseca, y el de Sevilla, Manrique, este último cabeza también del Tribunal de la Inquisición. Y la minoría de erasmistas, todos ellos cultos y entusiastas, trabajaba sin descanso en defensa de su ídolo. Una junta que bajo la presidencia de Manrique se reunió en Valladolid en 1527 para

examinar las proposiciones sospechosas de los libros del holandés, se disolvió por miedo a la peste, sin haber llegado a tomar acuerdos. Por entonces no ocurre nada, ni en España ni fuera de ella. Erasmo muere en 1536 dentro de la iglesia católica. Y sus obras van sólo lenta y tardíamente entrando en los índices inquisitoriales, hasta que son prohibidas casi en su totalidad en el de 1559.

Había más en la obra de Erasmo que simple crítica de prácticas externas. Había lo que Bataillon llama con acierto un «radicalismo tolstoiiano» en la aplicación que hace el de Rotterdam de la doctrina cristiana a la conducta de los hombres. Erasmo vuelve los ojos en torno de sí y contempla una laxísima interpretación de los principios evangélicos. Y contra esta corrupción no cesa de predicar. Los hombres—viene a decir en su *Enquiridion*—han amoldado la doctrina de Cristo a los usos del mundo. Lo que en los Evangelios se dice para todos, cada uno cree que no le toca a él; lo que allí se manda en absoluto, todos creen cumplirlo obedeciéndolo a medias. A recordar que los preceptos a todos obligan y que su cumplimiento no admite distinguos vino el *Manual del caballero cristiano*.

Este radicalismo se ve bien patente en su doctrina sobre el uso de los bienes temporales. Ciertamente sus amonestaciones a los ricos vienen a coincidir con las excitaciones a la caridad comunes en la literatura religiosa. Pero el tono es más violento, más duro. Véase este pasaje que supo traducir castiza y valientemente el Arcediano del Alcor. Habla primero un rico insensible y siguen luego las increpaciones de Erasmo:

«Mi hacienda es ésta, y yo me soy el señor de ella... Pues, ¿por qué no usaré yo de ella bien o mal, como quisiere?... ¿Por qué razón tengo yo de dar lo mío a quien no lo debo? Si lo destruyo o lo gasto o lo malbarato, mío se es, que ni lo tomo de lo ajeno ni tiene que ver nadie en ello». ¿Cómo, y parécete bien que tu próximo rabie y se consuma de hambre y que tú andes regoldando a perdices; que tu hermano ande desnudo y espeluzado de frío y a ti se te coman de polilla tantas vestiduras; que juegues tú en una noche mil ducados al naípe o a los dados, y no dudes de los perder, y que en este medio tiempo alguna miserable doncella con pura necesidad ponga su castidad a vender...? Dices tú: «¿Qué se me da a mí?, lo mío gasto a mi voluntad»... Y estando fundado en esto y teniendo tu corazón así satisfecho, parecerate después que eres muy buen cristiano, no siendo en la verdad ni aun hombre humano.

Todo el libro respira este indignado espíritu de justicia contra la

insensibilidad de los que, creyéndose cristianos, gastan su dinero, sin mirar la necesidad del desvalido. Y el buen Arcediano del Alcor no le va en zaga al holandés en este sentimiento, porque a veces, cuando Erasmo calla en sus imprecaciones contra los ricos del mundo, añade todavía el traductor, de propia Minerva, algún ardiente apóstrofe.

Y no era sólo el Arcediano del Alcor. Este absolutismo en la aplicación de la doctrina evangélica pasó en general a los discípulos españoles de Erasmo. Tomemos, para poner sólo un ejemplo, el *Diálogo de Mercurio y Carón* (22), de Alfonso de Valdés. Allí leemos la indignación del autor al ver que a los pobres se les entierra fuera de la iglesia, y a los ricos que lo pagan, dentro; que éstos, mediante dineros, son los únicos que pueden entrar en el templo en época de entredicho. Allí, repetidas veces, se expone la idea de que todo el mundo, sin exceptuar a los frailes, y aun los hijos de los caballeros, y aun los mismos hijos del príncipe, deben aprender un oficio manual para ganarse la vida con su trabajo. El que no trabaje, que no coma, viene a decir Valdés: el príncipe no debe admitir vagos en la república, y entre los vagos incluye a las órdenes mendicantes. Y cuando el ánimo de un obispo se escandaliza ante la idea de que los pobres se hubieran podido sentar a la mesa con él, Carón le contesta: «Pues por cierto que tenían ellos a tu renta más derecho que tus criados». En fin, cuando el alma de un príncipe confiesa que gastó sus rentas en hacer guerras, la indignación del buen barquero estalla: «¡De manera que el propio sudor del pueblo lo convertías tú en su destrucción!» Nótese bien las palabras: se habla aquí del «derecho» del menesteroso a las «rentas» del rico; se afirma que las rentas del príncipe son dinero público, representan el ahorro del sudor del pobre y no pueden dilapidarse en locas aventuras guerreras. ¡Y es Alfonso de Valdés, secretario de la Cancillería del Emperador Carlos V, quien habla así, y en un libro escrito, por otra parte, para defender la política de su señor!

(22) Editado por José F. Montesinos, en «Clásicos Castellanos», t. 96. Los pasajes a que me refiero en el texto, figuran en las págs. 21, 22, 71, 109, 135, 191, 205 y 256. Léanse los excelentes prólogos de Montesinos a esta obra y al *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, del mismo Alfonso de Valdés, en *Clásicos Castellanos*, t. 89.

En estos años, alrededor del saco de Roma, de erasmismo casi oficial, de ilustración de las esferas imperiales, la casa de Austria estuvo a punto de algo muy distinto de lo que tuvo que ser luego en la realidad (por un cruce de fuerzas nacionales e internacionales), a punto de cambiar los caminos de la historia de España y de la del mundo. Mas volvamos a nuestro Erasmo.

«Ni aun hombre» es para Erasmo, como hemos visto más arriba, el rico que cree estar facultado para ejercer el «jus abutendi» sobre su propiedad. Pero, ¿no va más allá la crítica erasmiana? ¿No llega aun a negar el derecho de propiedad mismo? Aquí, como siempre, el pensamiento de Erasmo es fluctuante. En unos pasajes amonesta al rico para que sea «fiel dispensero» y reparta sus bienes con los pobres; en otros llega decididamente más allá, aconsejando el apartamiento de las riquezas de este mundo:

...Si tú temes daño en el alma tomando cargo de hacienda, desecha de ti tan peligrosa y aun tan perdidosa ganancia, y haz lo que aquel filósofo Crates de Tebas hizo cuando le enojaba el cuidado de guardar su dinero: échalo tú también en la mar como carga pesada y mala.

Pero hay aun dos pasajes del *Enquiridion*, tan categóricos, que nadie, creo, podrá dudar que nos revelan el fondo del pensamiento de Erasmo, que son el eje de sus ideas sobre la propiedad, en torno al cual giraban a mayor o menor distancia sus aseveraciones usuales sobre el tema, las cuales forzosamente habían de adaptarse en algo al orden social establecido. Porque es lo cierto que en estos dos pasajes que vamos a estudiar en seguida, queda virtualmente negado el derecho de propiedad.

Los frailes españoles—siempre en la brecha—vieron claramente el peligro. La negación del derecho de propiedad, la predicación de una especie de comunismo cristiano, más o menos unida a la de la abolición de la jerarquía eclesiástica, tenía una larga tradición en la historia de las herejías del cristianismo, como que la encontramos ya a fines del siglo XII, y desde entonces hasta la misma época de la Reforma, no deja de darse en Europa, en sectas que en lugares geográficos apartados toman toda una serie de nombres distintos: valdenses, pobres de León (de Lyon), insabattatos, frérots, fraticelli, lolardos, begar-

dos... La mayor parte de los adeptos de estas sectas juntan, a la predicción o práctica de un comunismo religioso, la profesión de doctrinas iluministas.

Se comprenderá que esto aumentaba el peligro, si se tiene en cuenta la existencia de una serie de focos de iluminismo en la España de entonces (un edicto inquisitorial que condena a los «alumbrados», es de 1525, es decir, de la víspera misma de la divulgación del *Enquirdion*). No nos puede extrañar, pues, ver a los frailes alarmados ante una doctrina que, aunque no iluminista por sí misma, había sido profesada por muchos partidarios de esta tendencia, y que además podía acarrear graves consecuencias sociales. Los dos pasajes en que Erasmo niega el derecho de propiedad pasaron, por tanto, al cuaderno de proposiciones condenables presentado por los frailes a la Junta de Valladolid, de 1527.

El primero de estos pasajes dice en el texto latino: «Proprietatem christiana caritas non novit». «La caridad cristiana no conoció la propiedad». Algún peligro debía ver en la frase el bueno del Arcediano del Alcor, cuando al traducirla suavizó algo el sentido: «Pues la caridad cristiana»—traduce—«no sabe tener cosa propia». Y que no debemos dudar de interpretar las palabras de Erasmo al pie de la letra, se deduce del cotejo con el otro lugar a que aludíamos antes: «¿Tú creías que sólo a los frailes les estaba prohibida la propiedad y mandada la pobreza? Te engañabas, que lo uno y lo otro a todos los cristianos concierne». Traduzco al pie de la letra, que también aquí modificó ligeramemente el sentido el Arcediano, con un hábil escamoteo (lo mismo que antes) de la palabra «propiedad». Y también este pasaje figura—como he dicho—entre las proposiciones condenables del cuaderno presentado por los frailes en Valladolid, y aparece de hecho condenado explícitamente en el *Indice expurgatorio* de Amberes, 1571.

No; no cabe duda: la posición de Erasmo frente al derecho de propiedad era—para aquella época—de un extremado radicalismo. Coincidió Erasmo con todas las herejías comunistas del cristianismo—como las de los valdenses, etc.—en convertir en *precepto obligatorio* la prohibición de la propiedad y la adopción de la pobreza, que sólo como *consejo evangélico* para los que quieran ser perfectos, se da en la religión

católica. Tal vez en estos dos lugares se le fué a Erasmo la pluma y expresó sin ambages lo que tantas otras veces no se atrevió a decir. Lo cierto es que, a la luz que estos dos lugares nos dan, cobra sentido la enemiga constante del autor contra las riquezas y sus detentadores. Su odio contra los ricos insensibles (no siempre insensibles, díganlo las mismas pensiones que Erasmo cobraba) no procedía sólo de una reacción inmediata de antipatía, sino de una posición doctrinal: «Tu creías que a solos los frailes les estaba vedada la propiedad...? Te engañabas: ... a todos los cristianos concierne».

Y estos libros eran los que—en las castizas, densas, bien castellanas traducciones de aquella época de noble lenguaje (algo retórico)—se leían en la misma Cancillería del Emperador; con ellos se deleitaba un grupo selecto de intelectuales humanistas; y, en seguida, con avance triunfal, llegarían a entrar en los conventos de frailes y aun de monjas, y hasta a ser lectura saboreada—como los procesos inquisitoriales nos prueban—de damas y varones seglares de mediano estado.

La semilla había caído en buen terreno. No hubo cosecha porque la contrarreforma (que es, no sólo una coacción de lo católico en trance de defensa, sino, para los españoles, una suma de necesidades nacionales e internacionales) la ahogó en flor. Pero al Siglo de Oro de nuestra literatura llegaron aún—como veremos otro día—algunas espigas bien granadas.

DAMASO ALONSO.

CAPITAL

DE LA

GLORIA

MADRID — OTOÑO

I

CIUDAD de los más turbios siniestros provocados,
de la angustia nocturna que ordena hundirse al miedo
en los sótanos lívidos con ojos desvelados,
yo quisiera furiosa, pero impasiblemente
arrancarme de cuajo la voz, pero no puedo,
para pisarte toda tan silenciosamente,
que la sangre tirada
mordiera, sin protesta, mi llanto y mi pisada.

Por tus desnivelados terrenos y arrabales,
ciudad, por tus lluviosas y ateridas afueras
voy las hojas difuntas pisando entre trincheras,
charcos y barrizales.
Los árboles acodan, desprovistos, las ramas
por bardas y tapiales
donde con ojos fijos espían las troneras
un cielo temeroso de explosiones y llamas.

Capital ya madura para los bombardeos,
avenidas de escombros y barrios en ruinas,
corre un escalofrío al pensar tus museos
tras de las barricadas que impiden las esquinas.

Hay casas cuyos muros humildes, levantados
a la escena del aire, representan la escena
del mantel y los lechos todavía ordenados,
el drama silencioso de los trajes vacíos,
sin nadie, en la alacena
que los biseles fríos
de la menguada luna de los pobres roperos
recogen y barajan con los sacos terreros.

Más que nunca mirada,
como ciudad que en tierra reposa al descubierto,
la frente de tu frente se alza tiroteada,
tus costados de árboles y llanuras, heridos;
pero tu corazón no lo taparán muerto,
aunque montes de escombros le paren sus latidos.

Ciudad, ciudad presente,
guardas en tus entrañas de catástrofe y gloria
el germen más hermoso de tu vida futura.
Bajo la dinamita de tus cielos, crujiente,
se oye el nacer del nuevo hijo de la victoria.
Gritando y a empujones la tierra lo inaugura.

II

¡PALACIOS, bibliotecas! Estos libros tirados
que la yerba arrasada recibe y no comprende,

estos descoloridos sofás desvencijados
que ya tan sólo el frío los usa y los defiende;
estos inesperados
retratos familiares
en donde los varones de la casa, vestidos
los más innecesarios jaeces militares,
nos contemplan, partidos,
sucios, pisoteados,
con ese inexpresable gesto fijo y obscuro
del que al nacer ya lleva contra su espalda el muro
de los ejecutados;
este cuadro, este libro, este furor que ahora
me arranca lo que tienes para mí de elegía
son pedazos de sangre de tu terrible aurora.
Ciudad, quiero ayudarte a dar a luz tu día.

MONTE DE EL PARDO

TANTO sol en la guerra, de pronto, tanta lumbre
desparramada a carros por valles y colinas;
tan rabioso silencio, tan fiera mansedumbre
bajando como un crimen del cielo a las encinas;

este desentenderse de la muerte que intenta,
de acuerdo con el campo, tanta luz deslumbrada;
la nieve que a lo lejos en éxtasis se ausenta,
las horas que pasando no les preocupa nada;

todo esto me remuerde, me socava, me quita
ligereza a los ojos, me los nubla y me pone
la conciencia cargada de llanto y dinamita.
La soledad retumba y el sol se descompone.

LOS CAMPESINOS

SE ven marchando, duros, color de la corteza
que la agresión del hacha repele y no se inmuta.
Como los pedernales, sombría la cabeza,
pero lumbré en su sueño de cáscara de fruta.

Huelen los capotones a corderos mojados,
que forra un mal sabor a sacos de patatas,
uncido a los estiércoles y fangales pegados
en las cansinas botas más rígidas que patas.

Sonando a obscura tropa de mulos insistentes,
que rebasan las calles e impiden las aceras,
van los hombres del campo como inmensas simientes
a sembrarse en los hondos surcos de las trincheras.

Muchos no saben nada. Mas con la certidumbre
del que corre al asalto de una estrella ofrecida,
de sol a sol trabajan en la nueva costumbre
de matar a la muerte, para ganar la vida.

A NIEBLA, MI PERRO

NIEBLA, tú no comprendes: lo cantan tus orejas,
el tabaco inocente, tonto de tu mirada,
los largos resplandores que por el monte dejas,
al saltar, rayo tierno de brizna despeinada.

Mira esos perros turbios, huérfanos, reservados,
que de improviso surgen de las rotas neblinas,
arrastrar en sus tímidos pasos desorientados
todo el terror reciente de su casa en ruinas.

A pesar de esos coches fugaces, sin cortejo,
que transportan la muerte en un cajón desnudo;
de ese niño que observa lo mismo que un festejo
la batalla en el aire, que asesinarle pudo;

a pesar del mejor compañero perdido,
de mi más que tristísima familia que no entiende
lo que yo más quisiera que hubiera comprendido,
y a pesar del amigo que deserta y nos vende.

Niebla, mi camarada,
aunque tú no lo sabes, nos queda todavía,
en medio de esta heroica pena bombardeada,
la fe, que es alegría, alegría, alegría.

VOSOTROS NO CAISTEIS

¡MUERTOS al sol, al frío, a la lluvia, a la helada,
junto a los grandes hoyos que abre la artillería,
o bien sobre la yerba, que de puro delgada
y al son de vuestra sangre, se vuelve melodíal

Siembra de cuerpos jóvenes, tan necesariamente
descuajados del triste terrón que los pariera,
otra vez y tan pronto y tan naturalmente
semilla de los surcos que la guerra os abriera.

Se oye vuestro nacer, vuestra lenta fatiga,
vuestro empujar de nuevo bajo la tapa dura
de la tierra que al daros la forma de una espiga
siente en la flor del trigo su juventud futura.

¿Quién dijo que estáis muertos? Se escucha entre el silbido
que abre el vertiginoso sendero de las balas
un rumor, que ya es canto, gloria recién nacido,
lejos de las piquetas y funerales palas.

A los vivos, hermanos, nunca se les olvida.
Cantad ya con nosotros, con nuestras multitudes
de cara al viento libre, a la mar, a la vida.
No sois la muerte, sois las nuevas juventudes.

RAFAEL ALBERTI.

(En Madrid, diciembre de 1936).

TESTIMONIOS

EN TIERRAS ARAGONESAS

La conmoción española nos había despedido a todos de nuestros hogares, había sacudido con su repentina voz de alarma, la inercia de una vida medio llevada con abandonos y protestas, con súbitos entusiasmos y desalentadas postraciones, pero organizada aun en torno a unas premisas que daban el tono y la forma a cualquier manifestación de nuestra convivencia.

Estuvimos todos en la calle despertados por ese llamamiento tremendamente angustioso que precede a toda hora decisiva para los hombres. En la calle estamos aún, y seguramente hemos de estarlo por mucho tiempo. El que confía en una vuelta a la inercia pasada desconoce la magnitud de nuestro momento, y lo que es peor, deja de vivir el drama en todas sus proporciones incoherentes de profética alegría e intensa nostalgia. Hasta el corazón más tosco puede haber oído derrumbarse detrás de sí ese familiar edificio abandonado por nuestra incorporación a la lucha.

Y desde entonces la vida en España adquiere caracteres insospechados. Una febril ansiedad, una diaria mutación de actividades, las situaciones más aparentemente irreales, los encuentros y las conversaciones con gentes que hasta hace poco nos eran desconocidas y vivían por entero desligadas y hasta ignorantes de nuestra voz, de nuestra existencia misma, hacen de la actualidad española un confuso rumor atravesado por llamaradas. No creo, desde luego, que el momento pueda ser expresado por un arte realista, ya que la informe modalidad de vida animada por él, no se siente, no se vive a la manera razonada minuciosa o detallista que tal arte propugna, sino como tensión total que convierte la realidad en epopeya, o sea, en el poema que quizá algún día surja, desmesurado como un sueño.

Así lo pensé por primera vez, cuando en expedición de propaganda salimos al frente norte de Teruel. Los días pasados allí entre nuestros

combatientes, tenían toda la evidencia del trastorno español, la cruda realidad de una guerra inesperada en país primitivo y pobre, pero sin embargo, su misma especie de novedad insólita, de rompimiento feroz con las normas de nuestra vida pasada, los hacía inaprehensibles a la inteligencia, oscuros para los sentidos, a fuerza de chocar de manera tan inmediata con la tierra y sus hombres en armas. La tierra en Aragón adquiría una preeminencia de símbolo. Eran largas etapas de tierra sola, apenas sin árboles ni poblados. Una tierra increíble: era España. O alguien dijo: la sierra de Gudar. Y el nombre del sistema montañoso me tornó colegial sobre un mapa de palabras desconocidas, pero sin guerra. Sólo de cuando en cuando, de pie sobre el repecho del monte, con bajo matorral y rodeado de su rebaño pardusco, el pastor nos miraba pasar, liado con su manta también terrosa, parado en no sé qué mítico arraigo de culto a la tierra. ¿Y desde cuánto tiempo? Mucho antes de que los árabes vinieran, antes incluso de los romanos, este hombre estaba ya, ahí, mirando. Recuerdo que en Alcoy un joven tejedor me había dicho: «Lo que sucede es que el mundo adelanta, pero nosotros no adelantamos». Tan cierto, que el elemental pastor aragonés, está separado por siglos de ese complicado mecanismo de los aviones que vuelan sobre su lejana cabeza, y que instantáneamente pueden aniquilar a sus merinos, la única vida que comprende.

Luego, en ciertos sectores y entre la llovizna, el paisaje cobraba de pronto, desde las altas carreteras, una delicadeza de tonos fríos y opacos, de sienas, violetas y verdes palidísimos, donde los toros pacen cercanos a las hortalizas congeladas en valles que corona una nieve deslumbradora. ¡Qué interrogante quedaba suspendido sobre estos campos de casas solitarias con techumbres rosas! Un pelotón de jinetes del ejército se adentraba trotando sobre charcos, por los caminales que conducen a los puntos de concentraciones de fuerzas. Sin embargo, el silencio en la serranía era desconcertante.

Y, además, la miseria. También la miseria se nos ofrecía a nosotros los que veníamos de las ciudades bonancibles, y ésta sí, con la seguridad de su perpetuado cotidianismo, nos descubría una verdad desoladora. Aquellos pueblos enfangados a los que llegábamos anocheciendo y lanzando nuestros altavoces con himnos revolucionarios, en las plazas sin empedrar, donde el aletazo de la nieve próxima hiel a los huesos, eran las tristes guaridas contra las cuales se habían lanzado en armas los privilegiados de España. Allí no se disponía de otro local de asamblea

para los milicianos. Los convocábamos en las rudas iglesias, a la luz de agonizantes perillas instaladas por nuestro equipo, y los muchachos, con sus casquetes de abrigo, escuchaban las arengas y los romances que desde un camión de transporte, les decíamos en medio de aquellos muros de altares arrancados. Luego, sobre un lienzo proyectábamos películas soviéticas relativas a la guerra. Voceaban los muchachos invadida la nave y trepados a los basamentos de las pilastras. Eran los que pronto, según se adivinaba, tomarían las armas para la ofensiva.

Entumecidos por el frío, moviéndonos en un medio hostil de barro y lluvia, subiendo por desmontes bajo la escarcha, hasta una aislada vivienda donde en cuchitriles dormíamos hacinados mientras del resquebrajado techo nos caía el helor, un sentimiento profundo de solidaridad mantenía el tesón que el cuerpo envilecido no era capaz de soportar. Pero también de la fusión momentánea se destacaba a veces ese lazo individual, perenne, que engalana la vida con el mejor de sus frutos. Y estando apoyado de brazos sobre un paredón frente a los montes desnudos, vino un miliciano y charlamos juntos. Me sorprendió su pulcritud. Recuerdo exactamente que me dijo al separarnos: «Estaré aquí hasta que tomemos Teruel. Quisiera sobrevivir a la lucha porque tengo mucho que aprender. Si es así, iré a buscarte para que hablemos de poesía». Y se anotó mis señas.

Pero uno no podía detenerse demasiado en ello. Aquel día, en Corbalán, a poca distancia de las avanzadillas, llegaron siete jovencuelos evadidos del campo enemigo. Apenas hablaban y buscaron el fuego en la cocina sórdida donde comíamos unas patatas con humo. Pero dos mujeres de Teruel, venidas un mes antes atravesando los campos, nos describieron la pesadilla aragonesa en la alta ciudad: la amiga fusilada por guardias civiles en la misma puerta de su casa, y aquella otra, parida después de muerta. «No queda ni raza de los nuestros», dijeron.

La mujer es otro enigma del momento. Veo a aquellas que en Perales nos dieron cobijo, la anciana, la hija y las nietas, desposeídas del hombre, pastor de los vistos por las serranías y arrastrado por los fascistas para la defensa de su miserable jornal. Veo la que nos dijo en el camino, sola también, ofreciéndonos con conmovedora sinceridad sus cuidados y su vivienda: «Los hombres se han ido a defender la patria». Veo las que ya de regreso vinieron aterradas por el rumor de un bombardeo aéreo a pedirnos noticias de los suyos. Eran las mujeres del éxodo; unas de las miles y miles de mujeres que hoy sobre el suelo de la

Patria sienten la extrañeza del techo y del pan, arrancadas súbitamente de su vida.

Y cuando se vuelve, el asombro persiste de otro vivir ciudadano, aun sacudido como está por la nerviosidad de la lucha. Por allá, por la tierra hostil, hemos visto y hemos oído. Nadie olvida hoy lo que oye y lo que ve, cuando el mundo ha recobrado progresivamente su existencia tangible y el hombre encuentra los nuevos brotes de la alegría en remediar las desdichas del hombre.

JUAN GIL-ALBERT

EL POETA JEF LAST LUCHA A NUESTRO LADO

Las grandes potencias, a las que nuestra pobre y grande España vuelve hoy los ojos con odio, con confianza o recelo, devoran la presencia arrinconada en nuestra memoria actual, de algunos países. Y, sin embargo, desde hace algún tiempo la solidaridad internacional nos prueba también su ayuda desde un Estado pequeño. Entre ellos vamos a destacar uno: Holanda. Y un hombre, Jef Last, entre tantos hombres como hoy, venidos desde los más distantes rincones de la tierra, luchan a nuestro lado como verdaderos y entusiastas voluntarios.

Ningún suceso de estos últimos años, de guerra o revolución, ha impresionado tanto a las gentes de mi país, como la guerra de España. Esto ha dicho Jef Last, escritor y poeta holandés. Jef Last, que ha sido secretario de la Alianza de Intelectuales de Holanda y delegado en el Congreso de Escritores, en Moscú, en 1934, tiene publicadas novelas y volúmenes de poesía. Su obra se halla traducida a cinco idiomas. En «Zuiderzée», uno de sus libros más famosos, se describe el desesperado esfuerzo del capitalismo holandés para salvar la crisis económica de su país. «Camaradas» y «Dos Mundos» son colecciones de poemas en los que late una viva preocupación social. En «Cantos de marineros»

alude a la vida penosa de los pescadores del Zuiderzée. En la colección de el «Mono azul» hay un poema de Last, traducido por Alberti.

Jef Last vino a España dejando su brumoso país de flores, en los primeros días de septiembre, y esto explica que no lucha en la Brigada Internacional, sino como teniente del Batallón Sargento Vázquez. Desde su llegada, Last combatió sin descanso al lado de Mangada y luego en Madrid. Los lectores holandeses conocen ya sus «Cartas de España» escritas desde el frente. Hace poco obtuvo un primer permiso de tres semanas que aprovechó para volver a su patria y contar allí a los apacibles holandeses la verdad sobre la guerra española, que mezquinos intereses y almas bajas desfiguran y tuercen. Durante la estancia en su país Jef Last hablaba diariamente tres o cuatro veces sobre España. Empezaron pronto a llover las dificultades para que el escritor holandés siguiese con su propaganda. En Harlem, Jef Last escuchaba un discurso que alguien leía y de vez en cuando aplaudía con la gente. A su lado, el hombre que leía, hablaba de España y alguna vez se oía clara y heroica la palabra «miliciano». Entonces Last aplaudía y su secretario continuaba leyendo el propio discurso que Jef había escrito, para evitar la prohibición de hablar que sobre él pesaba. Los vecinos de la ciudad de los tulipanes, oyeron apenados cómo los niños madrileños mueren diariamente destrozados por las bombas de Alemania y de Italia. Jef Last no pudo en los días restantes de su permiso volver a las salas con humo donde los obreros escuchan los mítines.

Por aquellos días la princesa Juliana se casaba en Harlem y la social-democracia holandesa movilizó la policía de la ciudad y de la región, para que vigilase el cortejo feliz de la princesa..., mientras, en un barrio apartado, Last, tranquilamente, hablaba a los pescadores de la resistencia heroica de los madrileños.

Los mejores escritores holandeses, dice Jef Last, incluso los católicos, simpatizan con nuestra causa. Y cita a Van Duinkerken, uno de los escritores más celebrados, y a Van Walschap, a quien Jef tiene como el mejor orador de lengua holandesa. Desde luego que la gran prensa católica combate al Gobierno republicano, a pesar de que Holanda se ve de cerca amenazada por la rapacidad nazi. Los católicos del país se hallan divididos.

Estando allá todavía con permiso, sigue hablando Jef Last, se celebraba en Amsterdam el Congreso del Partido Comunista. Después se hizo una colecta. Una mujer, no teniendo qué darme, me dió su anillo.

En Frisia, un anciano de sesenta y cuatro años, vino a pie desde un

pueblecito distante dos horas, sólo para oírme hablar de España, y me dió para los niños españoles más del diez por ciento de su salario de cuatro florines, que es el socorro que recibe como parado. Todavía en Leuwarden un ferroviario le dijo: cada dos años, la compañía nos da un chaquetón gordo para el trabajo. El que llevo, todavía está en buen uso. Toma el nuevo para ti, que vas a España.

Jef Last no descansaba un momento. La policía y la administración holandesa tampoco. Expiraba el permiso de tres semanas, cuando Jef Last, ciudadano holandés, natural de Lemmer, en Frisia, que había dado a su país la gloria de sus obras, dejó de ser holandés por obra y gracia de la socialdemocracia de su país, que no podía consentir que Jef Last luchase desde España por el mejoramiento de los pescadores del Zuiderzée, por los «Camaradas» de su libro, los obreros que ganan terrenos al mar, por todos los camaradas del mundo. El miliciano Last era, desde ahora, incompatible con la flemática ciudadanía holandesa, donde la seriedad monta flacas bicicletas y las rubias muchachas saben pedalear graciosamente.

El joven poeta volvía a España hablando de nuestra guerra en las capitales del camino. En Bruselas habló como miliciano flamenco, pues ya no podía llamarse holandés, ante varios millares de hombres. Y no tardó en llegar la prohibición. La sala estaba abarrotada de público, había muchos estudiantes y profesores, dada su calidad de escritor, y hasta asistían algunas autoridades universitarias. Fué un auténtico cordón intelectual que libró a Last de que la policía cumpliera la orden de arresto que llevaba.

Y aquí está de nuevo. Hace poco salió para incorporarse a su batallón, que lucha en Madrid.

Al llegar de nuevo a España, Last dice que se siente feliz como si entrara en su propia casa. En su batallón, «Sargento Vázquez», Last es el único holandés, pero en España luchan en nuestras filas otros camaradas holandeses. Para todos ellos, holandeses sin patria, pero más holandeses que nunca, España crea su mejor ciudadanía.

BERNARDO CLARIANA

COMENTARIO POLITICO

EL DISCURSO DEL PRESIDENTE

El día 21 de enero, en las salas de la Casa Consistorial de Valencia, ante el Gobierno, el Cuerpo Diplomático y el Parlamento, habló el Presidente de la República, y sus palabras fueron retransmitidas por todas las emisoras leales, lanzadas al aire libre de Europa.

Luego de saludado por el Alcalde de la ciudad en nombre de todos los municipios libres de España, se levantó el Sr. Presidente y pronunció un largo discurso memorable. Por lo que representa y vale como definición nacional, como hecho de volumen suficiente para constituir un hito de nuestra accidentada y compleja guerra, como aportación humana y documento histórico, nosotros recogeremos en estas páginas su vuelo y su destino reacuñando con la más sintética forma de esta «hora de España» su caudal desbordante de sugerencias y de afirmaciones.

EL DERECHO Y EL DEBER DE HACER LA GUERRA

«Cuando se hace la guerra, que es siempre un mal; cuando se hace la guerra, que es siempre aborrecible, y más si es entre compatriotas; cuando se hace la guerra, que es funesta incluso para quien la gana, hace falta una justificación moral de primer orden que sea inatacable, que sea indiscutible...»

«Hacemos una guerra terrible, guerra sobre el cuerpo de nuestra propia Patria, pero nosotros hacemos la guerra porque nos la hacen. Nosotros somos los agredidos; es decir, nosotros, la República, el Estado, que nosotros tenemos la obligación de defender. Ellos nos combaten; por eso combatimos nosotros. Nuestra justificación es plena ante la conciencia más exigente, ante la Historia más rigurosa». «Nunca hemos agredido a nadie; nunca la República ni el Estado, ni sus Gobiernos han podido, no ya justificar, sino disculpar o excusar un alzamiento en armas contra el Estado.»

Con estas precisas palabras situó el Presidente, bajo la luz más clara, el problema jurídico de la rebelión y de la guerra, disipando toda niebla en torno a

esta cuestión previa, y permitiendo el calar hondo hasta considerar gravemente el sentido profundo y la entraña misma de la revolución.

Nosotros somos—vino a decir—hombres de la paz; defensores de la libertad; la República quiso renovar el aliento de España, transformando sus viejas y anquilosadas formas de vida, pacíficamente, respetando la libertad de todos. A nadie le fué negado el derecho de hablar, de organizar, de dirigir si contaba con la voluntad nacional expresada democráticamente. En las más difíciles circunstancias, desde la calle, después de dos años de reacción y de poder anti-republicano, con enemigos al frente del Estado y del Gobierno, el Frente Popular de la República ganó las elecciones del 16 de febrero, a las que acudieron (aceptándolas, por consiguiente), con soberbio orgullo y estrepitosa altanería, los enemigos de la República.

El 18 de julio de 1936 existían en el país partidos y organizaciones anti-republicanas; los líderes de la reacción pronunciaban todos los días en el Parlamento violentos discursos contra el régimen; las empresas económicas y los Bancos funcionaban normalmente y repartían sus dividendos; en las iglesias se celebraba el culto religioso; el Gobierno intentaba realizar el programa moderado que había sido la base de la coalición electoral. En los cuarteles conspiraban los generales mantenidos por la República. Y, sin embargo, a pesar de todo esto, de este derecho, de este respeto, de esta moderación, se lanzaron a la rebelión.

Han roto la paz y han secuestrado la libertad. Tremenda responsabilidad para los que desencadenaron y sostienen la guerra cruel y destructora. Ellos son los que deben presentar «esas» razones morales de primer orden, inatacables e indiscutibles, que pueda justificar ante la conciencia y ante la historia ese robo tremendo de la libertad, esa enorme catástrofe de la guerra. Nosotros realizamos nuestro derecho y cumplimos nuestro deber al defendernos.

Por eso dijo el Presidente con la mejor dialéctica: *«para extinguir la guerra nosotros no tenemos más que un procedimiento, que es continuarla»*, y a continuación, erguido sobre el más alto deber:

«...no estamos dispuestos a admitir que se ponga en tela de duda ni caiga la menor sombra sobre la autoridad de la República, sobre la legitimidad del Régimen, sobre la autoridad del Gobierno que la personifica y sobre ninguna de las representaciones del Estado Oficial Español. Sobre eso. nada. Primero perecer.»

LA DEFINICION NACIONAL

Delincuentes contra el Estado y la ley—ellos, los idólatras de la ley y del Estado—intentan justificar los sublevados sus monstruosos crímenes como

una lucha «nacional» contra la tiranía marxista, como una salvación de España de «los rojos». La respuesta a estas afirmaciones conduce necesariamente al fondo del asunto. Naturalmente que no nos batimos sólo por defender la causa formal del derecho del Estado.

«Hay el contenido apasionante, patético, arrancado del corazón, que es el objeto de la contienda: nosotros nos batimos por la unidad esencial de España; nosotros nos batimos por la integridad del territorio nacional; nosotros nos batimos por la independencia de nuestra Patria y por el derecho del Pueblo español a disponer libremente de sus destinos. Por eso nos batimos.»

He aquí la clave del problema español, el sentido de nuestra lucha. Los contingentes armados y el material de guerra enviados a los rebeldes por aquellas potencias europeas que han hecho del imperialismo guerrero un culto nacional dan abiertamente a nuestra lucha un carácter de lucha nacional por la independencia. No quiere decir que haya cambiado radicalmente nuestro movimiento, sino que la revolución popular española, que, al fracasar el método pacífico y moderado de la República el 18 de julio, cuajó violentamente, como necesaria defensa contra el fascismo sublevado y en guerra contra nosotros, ha llegado a coincidir con la causa nacional de España, de su libertad y de su independencia. No es más que el desarrollo de la semilla, la maduración del proceso. Se ha realizado plenamente el destino que latía en la entraña misma de la revolución.

Que esta revolución era necesaria para resucitar la nación de su letargo y levantar su triste decadencia, lo prueba que ellos, que son la vieja España de los desastres y de las vergüenzas responsables de todo el pasado inmediato y de la situación nacional, tengan que enmarcarse burdamente, precipitadamente en un movimiento fascista, revolucionario.

Pero ellos no son más que la revolución legal, la rebelión contra la ley. La revolución histórica, ligada a la grandeza de España y a las necesidades y los anhelos profundos del pueblo, somos nosotros. Nosotros, la revolución que crea una vida nueva, una nueva Patria, de acuerdo con la más libre y genuina voluntad nacional. Nosotros «no importamos política extranjera. Ni admitiríamos la importación, ni nadie nos la ha pedido ni nos la ha propuesto, ni lo desea, y estoy autorizado por mi función para declarar que la República española no tiene contraído ninguna especie de compromiso político con ningún país del mundo.» «No sé cuál será el régimen político español: será el que el pueblo quiera...»

Y es el pueblo—a través del Gobierno de la República—quien va creando con su original inspiración la nueva España; es el pueblo—como siempre—quien sella con su sangre la nueva patria. Es el pueblo quien alienta con su genio en todas las instituciones y las empresas de la República.

La guerra ha puesto al descubierto el antinacionalismo de la reacción española. Casta minoritaria separada por un abismo de explotación y de odio de su pueblo, a la hora de la verdad—la hora del heroísmo y de la muerte—sus voces, llamadas pálidas y falsas, se han perdido—sin eco, ni respuesta—, y sólo les ha quedado un camino: la venta turbia y cenagosa del país, la traición a la Patria, la servidumbre al Imperialismo extranjero.

«Yo estimo que un movimiento nacional sería irresistible, en cualquier sentido que se pronunciase..., pero para que haya un movimiento nacional lo primero que tiene que haber son nacionales libres para manifestarlo.»

Mussolini e Hitler han subido al poder, sin duda, sobre una gran marea nacional (no es este el momento de analizar por qué), pero los rebeldes, aislados por el pueblo, sólo pueden subir empujados por las fuerzas y las armas extranjeras. Así culmina ya el proceso, y sobre los hombros populares cae de lleno la ingente y heroica tarea de salvar la Patria de la invasión. Nuestro movimiento es ya tangible, real, indiscutiblemente el movimiento nacional. La revolución y la independencia nacional se han identificado.

EL PROBLEMA INTERNACIONAL

El Presidente, en su magno discurso, no podía mutilar nuestra dramática realidad, amputándola del mundo europeo. No sólo porque nuestra guerra espiritualmente es un drama universal, sino porque «La posesión de las riquezas naturales españolas, de sus puertas, de sus bases, que no necesitan para estar dominadas por el extranjero enarbolar una bandera extranjera, que no necesita repartirse en provincias el territorio nacional para estar sometido a un yugo extranjero; la posesión de todo eso mira a un objetivo superior». El objetivo superior de romper el equilibrio del sistema occidental europeo a favor del Fascismo y de la guerra, en contra de las naciones democráticas.

Las palabras del Presidente, serias y dignas, fueron solamente una advertencia del peligro; lo demás hubiera sido «candor o impertinencia».

«Corresponde a otros limitar la guerra, corresponde a otros restablecer la observancia del Derecho Internacional, escandalosamente violado en nuestro suelo.»

«Espero que la sabiduría de quienes gobiernan y dirigen los destinos de Europa sabrán darse cuenta...»

No puede darse mayor lealtad, discreción y pulcritud al abordar el problema internacional de la guerra española.

«Nosotros tenemos que conservar en primera línea el valor nacional de nuestra causa y no envolverlo en ninguna otra causa más...»

Estas fueron sus palabras clarividentes.

LA FIGURA DEL PRESIDENTE AZAÑA

Este sumario apuntamiento que hemos realizado quedaría incompleto sin unas líneas de comentario en torno a la figura de Azaña y a la parte personal de su discurso, magnífico y definitivo. Para ningún español es un secreto la alta categoría mental del Presidente. Intelectual de pura cepa, en ello encuentra su grandeza y su servidumbre. Profundidad y alteza en el planteamiento; subjetivismo. Llegó a la Presidencia tras una corta y azarosa lucha política, casi como a un refugio. La tremenda conmoción de España, la guerra y la revolución—*«largo plazo de sufrimientos»*—, han madurado su corazón. Su figura se ha ido agrandando y ennobleciendo.

El día 21, al anochecer, comenzó su discurso analizando, y allí resplandeció su poderosa y clara inteligencia. Mas a partir del momento en que Madrid, bañado en sangre y coronado de fuego, atravesó como una imagen de heroísmo y de tragedia el discurso, su voz se veló de emoción, y ya hasta el final sus palabras claras se tiñeron de humanidad, y la voz, las referencias y el sentido fueron cada vez más profundos.

«Y es verdad, Cano; en Madrid, donde nunca había pasado nada, pasa ahora lo más grande de la Historia Contemporánea de España, y será menester que transcurra tiempo para que los propios madrileños, todavía no asesinados, alegremente conformes con su tremendo destino, puedan percibir las repercusiones que su resistencia sin límite va a tener en los destinos de España.»

Y más abajo, donde todos los casticismos, las elegancias y las ironías de su discurso se apagan para dejar levantar una llama más alta: la expresión suprema de la creación colectiva fundida por el genio popular en el fuego y la sangre del más tremendo sacrificio.

«...un régimen donde los derechos de la conciencia y de la persona humana estén defendidos y consagrados por todo el aparato político del Estado; donde la libertad moral y política del hombre esté asegurada; donde el trabajo recupere en España lo que quiso hacer de él la República, la única categoría cualificativa del ciudadano español, y donde esté asegurada la libre disposición de los destinos del país por el pueblo español en masa, en su colectividad, en su representación total. Si un día hace falta volver a combatir contra la tiranía, yo diré: ¡presente!»

¡Bella y concisa fórmula de la originalidad española!

Y luego estas palabras—ya últimas—colmadas de admirable emoción :

«Vendrá la paz y espero que la alegría os colme a todos vosotros. A mí, no, señores. Permitidme decir esta terrible confesión, que desde el sitio que estoy no se cosechan en circunstancias como ésta más que terribles sufrimientos, torturas del ánimo de español de mis sentimientos de republicano. Ninguno de nosotros hemos querido este tremendo destino, ninguno lo hemos querido; hemos cumplido el terrible deber de ponernos a la altura de este destino.»

«Vendrá la Paz y vendrá la victoria. Pero la victoria será una victoria impersonal...»

«No será un triunfo personal, porque cuando se tiene el dolor de español que yo tengo en el alma, no se triunfa personalmente contra compatriotas; y cuando vuestro primer magistrado erija el trofeo de la victoria, seguramente su corazón de español se romperá y nunca se sabrá quién ha sufrido más por la libertad de España.»

Y sobre todos cayó el dolor majestuoso del pueblo destrozado, de la Patria en escombros. Y todos nos sentimos expresados con profundidad y elevación, representados plenamente, con toda dignidad. Y recordando las palabras de uno de nuestros más agudos enemigos, aquel que le llamó Primer Rey Natural de España, nos pareció que alguien escondido en el augusto silencio nos gritaba : «¡Españoles, presentad las armas!»

ANGEL GAOS

NOTAS

UN NOMBRE AL FRENTE: GALDOS

Los devotos de la lógica dudan de que muchas de las cosas que van apareciendo como sugestivos hitos en la última avanzada del pensamiento sean pertinentes o siquiera consecuentes con la revolución. La duda es explicable, pues los quehaceres prácticos impiden casi siempre la visión extensa, aunque no es preciso demostrar cómo; sin ésta, la acción se asfixia y extenua pronto en el practicismo. Pero si llevásemos a todas horas delante una *visión* total, desde el comienzo hasta el fin de la revolución, tal duda no existiría, pues veríamos entrar en el conjunto las nuevas apariciones, a su tiempo y naturalmente, tal como lo ordena su propia naturaleza.

Nada más indeseable que una imagen o un símil a estas horas. Pero una *visión*, algo que entrando por los ojos llegue a invadir nuestra razón con su evidencia, algo que sea como una vida en su órbita de pasión y de tiempo, es lo que quisiéramos despertar rememorando una simple experiencia visual. Todo el desenvolvimiento físico de una revolución es lo que se contempla cuando a un agua reposada se le imprime un movimiento circular en su superficie, cuando todas las partículas que componen su masa giran, arrastrando en ráfagas desiguales las diversas materias del fondo, y se las ve formar como sistemas estelares, en los que irrumpen cuerpos pequeños y grandes, impelidos por la ley del movimiento que los lleva, pero originándose entre ellos toda suerte de choques y azares. Nada más destacado un ejemplo nos cohibe su estrechez. Todo ejemplo es pobre; sin embargo, continuemos extendiendo éste hasta donde nos permitan sus propias fronteras. Es ese proceder, ese revolverse de la revolución sobre sí misma, lo que la visión aludida enseña; ese profundizar al extenderse, hasta raer las sustancias yacentes en el último fondo, atrayéndolas en su vorágine que empieza dibujando una clara y definida voluta y termina espesándose hasta tupirse en la saturación total.

Sólo el que haya contemplado esa aventura de la materia en el misterio de su movimiento puede tener una *visión* verdadera de lo que es una revolución, en su total concierto de azares y leyes. Y, si bien es verdad que podemos generalizar diciéndo una revolución, mucho más exacto sería aludir especial y determinadamente a esta que atravesamos, pues en ella, el elemento propulsor no ha he-

cho preponderar su matiz teórico, no ha difundido su tinte en demasía, antes al contrario, parece haberse estacionado en el logro de su cometido y, en cambio, la onda agitada se extiende y profundiza tenazmente, con impulso cada vez más avasallador, conmoviendo aquellas zonas que parecían ya por siempre sedimentadas en un olvido pétreo.

Esta angustiosa trayectoria que sigue nuestra revolución no desembocará en ordenadas innovaciones ya acreditadas y prósperas; seguirá revolviéndose sobre sí misma como inmensurable nebulosa, sorbiendo todo nuestro pasado, reactivando en cada palmo de tierra del planeta los gérmenes que el alma de España dejara a su paso en tiempos más felices. Nuestra revolución trabaja hacia adentro, hunde el embudo de su tromba en el mismo corazón de España. Nada de lo que haya sido verdaderamente nuestro debe quedar relegado. Y no se atreva nadie a pronunciar el reprobado término repetición. No, no nos amenaza ese peligro: lo que fué alguna vez piedra o ley ahora puede ser estrella. Ahondando cada uno en su propia mina, pues la revolución bien entendida debe empezar por uno mismo y no la caridad, como se dijo con insigne torpeza, lograremos hallazgos gloriosos sin más norma seleccionadora que el tacto necesario para reconocer aquellas cosas que fueron creadas por obra del verdadero amor. Paso a paso iremos, vamos ya, descubriendo las materias inapreciables que hierven llenas de futuro en nuestro subsuelo y sin pararnos a pensar por qué ni para qué las lanzaremos al actual desvarío. El orden nuevo duerme aún en el seno de la nebulosa revolucionaria; aun no es más que un embrión pegado a la entraña del alma nacional: tenemos ante todo que nutrirle. Cada pueblo y cada hombre debe escarbar en su propio tesoro hasta encontrar el oro puro que para muchos no será más que una palabra, acaso un nombre.

Estas líneas están escritas únicamente para esto, para hacer sonar un nombre; para recordarle, para hacerle revivir entre lo más vivo, destacar desde lo más hondo hasta lo más alto, para que despierte de la fría memoria a la inflamada actualidad que al incorporársele purificara aún más la luz de su llama: Galdós.

La epopeya de nuestros gloriosos desastres, la pasión de nuestra fe en su cárcel de angustia; en una palabra, la vida de España hora por hora, un siglo de vida española con todos sus poros, sus venas, su pulso, sus lágrimas y su resignación, cargada de potencia. El que quiera cobrar alientos en la lucha actual, el que necesite sentir en el corazón germinar una firmeza, altivamente espontánea, sustancialmente propia, hunda su pensamiento en las páginas galdosianas, láncese a atravesar esa extensión, que es, al mismo tiempo y en cada uno de sus puntos, selva y páramo.

Aspera soledad, engaño, pobreza, vencimiento. Vencimiento aceptado, bebido con lento valor, sin venda en los ojos, sin consuelo; como un veneno que, llevándonos al filo de la muerte, se transustancia milagrosamente en potencia, retoña en los sentidos del alma que se abrazan al tronco de la vida y extienden su arbóreo desorden con las raíces firmes en la tierra amada.

Más que valor, más que impulso o heroísmo lo que se encuentra en las páginas de Galdós es confianza, una clara confianza ilógica, un esperanzado desprendimiento de las razones que nos harían desconfiar, una íntima paradoja, un alegre secreto que nadie podrá quitarnos ni siquiera aquellos que puedan quitarnos la vida; la alegre firmeza que se expresa en esta frase «nadie se atreve a conquistar esta casa de locos». ¿Existe heroísmo más acendrado y soberbio que este de avanzar por el mundo, sin crédito, sin más guía que la fe inextinguible circulando mezclada a las demás sustancias de nuestra sangre, desechando todas las vías urbanas que conducen al bien o a la verdad, atendiendo sólo a su llamada magnética que nos promete una entrega, si más penosa, tan íntegra como nadie la ha alcanzado?

«Grandes subidas y bajadas, grandes asombros y sorpresas, aparentes muertes y resurrecciones prodigiosas». Galdós traza esta línea delirante en la ruta de los españoles «porque su destino es poder vivir en la agitación como la salamandra en el fuego, pero su permanencia nacional está y estará siempre asegurada».

De ese fuego que nos alimenta y nos consume, que nos ofusca y nos alumbra a un tiempo es de donde únicamente podemos sacar nuestra fe, nuestra clara y radiante fe que, por proceder de tan incognoscible origen, no teme a la sombra; no teme su fin y olvida su principio, porque su eternidad está en su propio aliento, porque crea por sí misma las horas triunfales anudando increíbles concordancias con su poderosa cadena. «Por un simple impulso del corazón de cada uno obedeciendo a sentimientos que se comunicaban a todos sin que nadie supiera de qué misterioso foco procedían. Ni sé por qué fuimos cobardes, ni sé por qué fuimos valientes unos cuantos segundos después». Nada, nada sabe ni sabrá nunca el español, ningún resabio comprometerá jamás la libertad de su alma, pero no por mecerse en la blanda inconsciencia, no por vivir abrazado a su voluntad presente, arrobado en ella y firmemente dispuesto a no sustituirla, a no traicionarla con similares teóricas, a morir cuando ella muera, a permanecer en glacial castidad si a alguna hora le es esquivia.

Las páginas de Galdós, éstas que describen las vicisitudes de España en la pendiente de sus Episodios, desparramándose pródigas, acarician, contemplan todos los momentos de la pasión de nuestra patria y, sin ensalzarlos, los eternizan. Con niveladora constancia pasan sus palabras por los corazones y las piedras, por las miradas, por los viejos muebles, por los trajes, y sus bolsillos, donde la avaricia esconde sus secretos nidos o el amor sus confidencias, todo queda por ellas hermanado, trabado con hilos tan sustanciales y vivos que su armonía trasciende como un sacramento de recíproca e incesante comunión.

La igualdad, la monotonía del estilo galdosiano es la clave de su excelso olvido de las jerarquías en el que sólo puede incurrir el que se siente igual a Dios. Nunca se altera ni se desorbita su tono, sus palabras no se revisten para señalar los hechos supremos más que para denominar la sarta inerte de lo prosaico. La sencillez de sus palabras ante el misterio alcanza el vértice insuperable en aquella pregunta del hombre que tiene en sus brazos el cuerpo de la mujer querida y al

depositarlo en la sepultura exclama: «¿Por qué tengo yo ahora esto que llaman vida y tú no?»

Con palabras como éstas, prodigadas en miles de páginas llenas de cosas mínimas, que parecen brotar sin plan y sin fatiga, como de la naturaleza misma, están delineadas las figuras cuyo recuerdo nos acompaña, tan vivo y extraño a toda rememoración mental como si hubiésemos sentido realmente el calor de sus manos. Las páginas de los Episodios son como una inmensa fábrica de tiempo que abriga en su entraña el fantasma de Salvador Monsalud: el más misteriosamente ambiguo e integral, el más atormentado y atormentador, el más inconsciente y voluntarioso, el más español de los españoles: el arquetipo de la españolidad que no es precisamente lo que los españoles quisieran ser, sino lo que son, aunque no quieran. Estas páginas épicas al dibujar el perfil de Salvador Monsalud arden con total desprendimiento en el amor humano.

Imposible hablar del Galdós de la paz, del de los menudos hechos y anónimos heroísmos, del de la cotidiana angustia de sereno semblante. Los nombres de sus personajes acosan la memoria al recordar aquel mundo donde vivimos con ellos; pero no hay espacio para tantos; no lo hay para Fortunata, que al acercarse a ella oculta el horizonte con su contorno colosal, y, en este exiguo de que disponemos, no podemos menos de escribir el nombre de Camila, la inefable heroína de «Lo prohibido», esa diosa doméstica, penate de la intimidad española; esa tan fundida, tan alma y carne de su medio que parece flor de él, la divina forma de su gracia, como la gutupaga de nuestros rastros que brota su gentil presencia entre los terrones idénticos a ella.

Todo el que quiera recordar y esperar, todo el que quiera sustentar su confianza en el cimiento incommovible de las amargas superadas, busque estas fuentes originarias de donde brota el caudal que hoy nos nutre y que nutrirá nuestro futuro. Si ese futuro es, será español; y si no, no será.

ROSA CHACEL

M O M E N T O

EL «98» Y «EL AÑO DE LA VICTORIA»

En 1898, España, en plena guerra con los Estados Unidos, despertaba dolorosamente a la realidad para darse cuenta de toda la magnitud del desastre que sobre ella había caído. España iba poniéndose de luto. Al principio, el temor y la falta de confianza en las propias fuerzas, se traducían en gestos de orgullo o bravuconería. Luego, ante el fracaso evidente, nacían las oscuras protestas. Des-

de hacía tres siglos España dormitaba recostada en su Historia hasta que un duro golpe venía a conmoverla.

Era un pueblo genial, único, pero su alma estaba lejos, perdida, no servía. Mientras, el cuerpo se pudría y unos bárbaros lo profanaban. Así al menos se decía.

Era para morir de pena. Y el mundo consentía esta tragedia. España vertía su desprecio sobre las naciones que contemplaban impávidas su desgracia, o que llegaban con palabras jurídicas o arreglos de comerciante a última hora. Mirando los periódicos de entonces, vemos que sólo el silencio dice a gritos la inmensa pena que causó en nuestro país, por ejemplo, el desastre sufrido por la escuadra, lo cual significaba el fin de todo. Vemos entonces ilustraciones con la típica castañera de todos los años y el señorito de la Castellana y la «manuela» marchando hacia la corrida benéfica. España sufre y calla. Como en una explosión sorda de amargura y resentimiento leemos un artículo que comienza: «Esta Europa egoísta y bárbara...» ¡Qué dolor rezuman estas palabras! Era España sola, lejana, indecible, quijotesca y fracasada, loca y cuerda. España royendo sus propios huesos, mirándose sus llagas. El mundo, mientras, marchaba hacia la paz armada, hacia la industrialización y el progreso técnico, hacia la euforia y la mentira que culminaron en el estallido de 1914.

La España triste de 1898, tuvo un grito en medio de su angustiosa perplejidad que no fué oído. Era el grito de una razón de dentro.

*

Hoy, 1937, España, la España aislada, irreal de otros tiempos, es campo de una batalla gigantesca. El mundo fija ahora sus ojos en España, sin buscar con una sonrisa lo fantástico. El fascismo mundial, exasperado, escoge el campo de España como propicio para sus audacias y provocaciones, y un mundo nuevo se incuba en nuestro suelo con esta pelea. Ya no es la España sombría, la España que queda atrás, sino, por paradoja, es el baluarte de la libertad y el porvenir. Es España, en avanzada, luchando contra la reacción. Los hombres libres de todo el mundo están a nuestro lado. La verdadera España, la España popular se clarifica, descubre sus reservas vitales y lanza al mundo, como antes, su voz de intimidad, de universalidad. Y esta voz ahora es escuchada. España florecerá, encontrará su forma, cuando después de esta guerra en su suelo se imponga la justicia. Como en los cuentos de hadas, la más pobre, pero de mejor fondo, se transformará luego en princesa. No es fruto del resentimiento este sueño, sino de la conciencia escondida.

España no está sola. Si mira a los gobiernos de otras naciones y sólo ve enemigos, o salvo alguna honrosa excepción, amigos en exceso tímidos y cautos, sabe en cambio que el pueblo laborioso de todo el mundo está con ella. Esperando con ella. Y la conciencia de este apoyo, como los propios anhelos quijotescos, es el motivo que endurece a nuestros hombres en la pelea y es la mejor garantía de una victoria.

UNA CONFERENCIA DE LEÓN FELIPE

Quien considere la poesía cosa superflua, como algo banal que se agrega a la vida, podrá creer que es inútil invocarla en estos instantes. Pero para León Felipe, como para todos los verdaderos poetas de siempre, la poesía es el hombre entero frente al mundo, libre de trabas y presiones. Y la poesía, así entendida, es nuestro destino. El destino último. El único que verdaderamente puede importarnos.

En la magnífica conferencia que escuchamos en la Casa de la Cultura el viernes 29 del pasado mes de enero, León Felipe nos habló del momento, de los profundos afanes que se enlazan con este momento, hablándonos de poesía. León Felipe distingue el hombre heroico, épico, del hombre doméstico, domesticado, diríamos nosotros. Don Quijote y Sancho, el sueño y la realidad, es lo que hemos de ver fundidos un día, como en los mejores tiempos. Fundir lo épico con lo histórico, el pueblo con los poetas, liquidando, a los dragones y a los mercaderes, es nuestra verdadera labor. El pueblo y los poetas, cada uno por su lado, luchan juntos por un mismo objetivo.

Hay que liquidar a los falsos señores y reivindicar para nosotros el señorío. El verdadero señorío es el del pueblo y los poetas, el del Cid, que nos pertenece, como toda la Historia viva. Los reyes enfermos y cretinos, la Historia muerta, es la que a ellos pertenece. La Historia, en su impulso creador, es popular y revolucionaria, como los poetas de siempre. La revolución—política y poética—viene de muy atrás. Los enemigos de hoy son los mismos de todas las épocas. Son los dragones que los poetas y el pueblo han ido matando.

Al poeta le suelen llamar loco los mezquinos y los imbéciles. Y será preciso liquidar a los imbéciles de vicio, a los que no tienen fe ni duda, para desatar los impulsos mejores.

El poeta genial resume la obra de otros poetas menores que vivieron antes que él, y con su fuego da firmeza y estructura a toda una labor dispersa. El poeta integral, como llama León Felipe al poeta más humano y amplio, será el poeta que rocoja todos los mudos heroísmos, la oculta intimidad y belleza del mundo, todos los gestos perdidos de los seres anónimos y exalte los valores populares—misterios y realidades—en el gran poema del futuro. Quizá entonces el hombre recobre su pureza virginal y su capacidad de maravilla.

Es, en este momento de guerra, cuando los dos polos del dualismo español clásico podrán unirse para dar a luz el hombre entero, el hombre español, total, poético. Cuando el hombre se libre de la servidumbre económica realizará su más alto destino.

Ahora, marchamos hacia la liberación contra toda clase de dragones y mercaderes.

«DIOS A LA VISTA»

En la exposición del libro antifascista pronunció Angel Gaos, el día 30 de enero, una interesante conferencia.

Señaló Gaos cómo la burguesía, agotado el papel creador que tuvo en la Historia, arremete ahora contra las libertades, contra el espíritu y la técnica que ella misma fundó. La técnica sólo puede hoy ofrecer al capitalismo en crisis algo que, lejos de solucionar, agrava el problema planteado. No es la técnica lo que ha fracasado, sino el sistema de producción capitalista. Mas los filósofos e ideólogos de la burguesía, basándose en esta crisis económica, dan por fracasada y hundida toda idea de progreso. Y traducen al campo del espíritu el malestar general sin buscar una verdadera salida ni analizar las causas que verdaderamente originan esta crisis. Hablan de «retorno» a la Edad Media, de religión y jerarquía, sin pensar que todo «retorno» es una falsedad. Y esta falsedad encierra hoy un crimen. La vuelta a Dios significa para ellos el paganismo y la barbarie. Los dictadores fascistas necesitan la guerra para poder sostenerse en sus pedestales y así sus discursos, teñidos de pseudofilosofía, son una apelación constante a todos los instintos más primarios y crueles que el hombre esconde. Los filósofos del fascismo coinciden con los políticos en su crítica del progreso, pero usan la técnica y su maldad, usan a Dios, para atacar a aquellos que los devoran con fuerza arrolladora, la fuerza arrolladora del destino, de la Historia y la justicia. Angel Gaos señala en su conferencia la clarividencia de Marx y cita como muestra de horror y anacronismo textos de Mussolini, Hitler y del filósofo Spengler.

No tenemos a mano el ensayo de Ortega y Gasset, de donde toma Angel Gaos el título de su conferencia: «Dios a la vista». Creemos de todos modos que Ortega no hace allí sino, según él acostumbra, señalar, registrar y valorizar algo que sucede.

El error de Ortega, como el de muchos filósofos, ha sido tal vez no ver a Dios donde realmente estaba con más vida. Ortega, por ejemplo, estudia el fenómeno de la rebelión de las masas (y no está quizá de más advertir que él llama «masa» a la multitud de todas las clases sociales). Analiza el fenómeno deprimente del «lleno» y la vulgaridad triunfante. Estudia ese fenómeno y no ve otro más interesante y de más ricas perspectivas: la rebelión política de una clase oprimida que es un fenómeno nada *vulgar*, lleno de espíritu en el fondo, un movimiento que tiene también sus «reivindicaciones de Dios» más allá de las reivindicaciones materiales. Esto es lo que Ortega no vio o no se atrevió a gritar con claridad si lo entrevió en algún momento, obseso con la busca de una solución «española» al problema social, buscando una fórmula que no llegó nunca a poder definir.

«Dios a la vista», dijo Ortega adivinando más bien un nuevo hallazgo de Dios dentro del campo racionalista.

Pero nosotros, prescindiendo de la intención orteguiana y extendiendo el sentido de la frase, tomada a nuestro modo, podíamos decir: «Dios a la vista por ambos lados». Dos dioses: Uno falso y lejano, y otro aquí, dentro de las cosas y de nosotros.

Gaos, agudo marxista, espera sin duda también algo de este dios íntimo, al señalar que la espiritualidad más viva nacerá en el hombre, al extender su cultura, cuando libremente, borrando el tope y la tiranía del fascismo, pueda seguir su camino.

ANTONIO SANCHEZ BARBUDO

FRATERNIDAD VIRIL EN TORNO A ESPAÑA

Los conflictos latentes en la dinámica europea se plantean hoy con nitidez extrema en torno a nuestra guerra civil, y Europa centra en España su campo de atención más apremiante. Pero esto no quiere decir todavía que Europa tenga los ojos puestos en España, en su esencial destino y en el lugar que el verdadero espíritu europeo le reconoce. Desde hace siglos España parece desplazada de la «senda del progreso», y sólo tenida en cuenta por sus añejas glorias. Se le ha considerado como un país radicalmente inmaduro, inepto para la vida práctica, genial a su manera, pero desconcertante, y condenado a perder siempre. Hubo, sin duda, espíritus de dilatado y sutil saber que han presentado a España como ejemplo vivo, concreto, de universalidad y de síntesis. Pero esa imagen de España, tan orgánicamente concebida por los mejores hispanistas, siendo acabada, nos deja un poco fuera de tiempo y de lugar.

Hay una historia dramática de Europa que no suele narrarse, y en su esencial dramaticidad España es un personaje inevitable. La cultura académica y el historicismo formalista—en el cual las formas históricas o culturas cerradas han venido a sustituir a la vieja fatalidad—apenas pueden iluminar el aire para nuestro vuelo. Y así el verdadero español—o español en activo—siente su espíritu más hondamente vinculado a quienes, por vías de conformidad o de contraste, se hallan en la esfera de oposiciones dramáticas vigentes en que se define la presencia de España. Queremos ahora señalar el ejemplo de Andre Malraux, y lo haremos viniendo desde lejos, pero en rápido examen.

El quijotismo parece ser la forma de nuestra dignidad y la causa de nuestros desastres. Así, eficiencia y dignidad han venido a parecer incompatibles, pero la sosegada razón y el peso de experiencia de los dignatarios de toda índole ha-

llaron la causa de aquella «aparente» incompatibilidad en el consabido atraso y en el no menos consabido individualismo que nos hacen ineptos—quizá provisionalmente, decían los pedagogos—para la práctica de ciertas virtudes: constancia, disciplina, realismo..., hoy más necesarias que nunca. (Pero, ¿no se decía que el espíritu español era el más realista? Sí... En literatura. En lo demás ilusos, díscolos, fracasados.) No obstante, el español es perfectible, lo que nos falta es madurez, se dijo. Madurez, ¿para qué?

A esta pregunta respondía el índice docente señalando a la Europa industrial, pujante, civilizada. Sí, hemos mirado. Y no hemos visto nunca más negros desastres ni más terrible bostezo del contrasentido. Así, pues, hay que preguntar de nuevo.

El alma de D. Quijote maduró en soledad y en fantasía. Sólo estaba la realidad de su alma en medio del gran tumulto de la posibilidad, el cual, esféricamente sosegado por el amor, parió a D. Quijote, lanzándolo un día, al amanecer, hacia otra soledad. Sola estuvo después su alma, realísima, en plena realidad de trajinantes (cada uno a su negocio), caminos (todos hacia el éxtasis), y desventuras (ninguna en él hacia el desengaño). Así maduró su alma por segunda vez—para la muerte—. Pero no hay que engañarse: antes y después el alma de D. Quijote era un alma enterada, esencialmente dócil, hija del creador, cumplida criatura. Lo cual es madurez.

Pero Cervantes... ¿Terminó en él, para el espíritu europeo, toda posibilidad de madurar de veras? ¿Es ese el trágico aviso de Cervantes, la señal ambigua, triste como un océano de sombra, con que se despide? Porque tampoco hay que engañarse en esto: la última mirada de Cervantes, el último signo—que en él no es última palabra—es una despedida. Grande es el llanto que se queda parado en los ojos viendo esa despedida. Parado, sin poder fluir, porque tendríamos que ser padres o hijos de Cervantes para poder llorarle así, reconciliadamente, con prodigalidad que fluye de los ojos, y aun no hemos alcanzado esa potencia de paternidad. Padre de D. Quijote quiso ser Unamuno, prohibiéndolo contra Cervantes mismo. ¿Cómo podría él, desesperadamente inmaduro, prohibir a D. Quijote? Lo amó, sin duda, pero no pudo reconocerlo hasta el fin ni darle armas para nuevas contiendas. Y nadie podrá lograrlo si no consigue primero rescatar a Cervantes a través de la angustia.

Goethe, quizá con excesiva cautela y muy atento al cómo, quería ser criatura cumplida... (El cómo es para él, y en él, la naturalidad del alma, un dejarse crear, como los árboles. Investigando y viendo las formas del verbo creador, nos transfiere su viva adoración a esas formas, y si quisiéramos aconsejarnos de él para cumplirnos, habríamos de hacer activa tal adoración, entablando con ella, desde el primer instante, un comercio análogo al de la música y la danza). Pero Cervantes queda sin respuesta si, fieles a la naturalidad del alma, salimos de camino y se nos quiebra el horizonte—no por tragedia, sino por mutua ausencia de las almas. ¿Despedirnos también, buscando refugio en la muerte o en una vida que tenga su misma dignidad, como la de los astros y las flores?

Cervantes es una despedida, pero también una pregunta, una posibilidad de volver gravitando hacia la respuesta, un inextinguible amor.

¿Se retiraba Cervantes sin esperanza? ¿O bien nos dice, sólo con los ojos, con delicada indecisión, que D. Quijote, maduro para el amor, no lo estaba para la historia?... Europa lo ha estado para los negocios, para todo lo que pone en riesgo de superfluidad el mensaje de las primeras edades—niñez y juventud. La edad madura parece dejada de la mano de Dios, y sólo en la vejez suele restablecerse la atención del hombre para el misterio de sus vínculos. Y son los negociantes los que vapulean o mandan vapulear a D. Quijote, a la criatura cumplida—que ya suele enloquecer, antes de toda aventura, en el angosto círculo de la domesticidad; y son los bachilleres—metidos en el negocio de las letras—los que se burlan de él. Y así, oh dolor, se ve al fin cómo se conciertan y recíprocamente se blasonan los trajinantes y los académicos, para quebrar limpios destinos.

En la esfera religiosa Kierkegaard, para quien la llamada edad madura era, en sí misma, una impiedad, acabó decidiéndose a madurar para la muerte, aunque no por eso dejó de enderezar las lanzas de su locura cristiana contra la iglesia histórica. Pero su espíritu—o la interna fatalidad de su doctrina—le lleva a dejar desamparada *nuestra* creación, desasistido al hombre por el hombre. (¿Hay también un «pecado» de ascetismo?).

André Malraux—que no es conciliador, pero tampoco ascético—retorna de la música y de aquellas distancias en que todo parece conciliarse y se sitúa en medio del espanto, en plena creación humana.

(Sin este descenso tampoco hubiera sido posible el antihegeliano Kierkegaard; y es digna de ser señalada aquí la simetría de actitudes—opuestas, pero fraternas—del revolucionario y del asceta, uno adentrándose en la historia con exaltada voluntad, contra la humillación del hombre; y el otro despeñándose en la hondura del dolor divino. Uno y otro no pueden conformarse con las cuentas justas de una mecánica armonía, ni dividir el destino, con horror y sosiego dantescos, en ausencia y presencia, Infierno y Gloria. «Dios está en un trono de dolor», dice la paradoja kierkegaardiana. Y es difícil sostenerse mucho tiempo entre el polo ascético y el revolucionario de la voluntad, sin que una chispa salte y nos penetre, que no sabremos de qué extremo procede y si es en nombre del Padre o del Hijo, que nos deja señalados.)

En plena contradicción humana se situó Cervantes, y hoy comenzamos a adivinar que no quedó radicalmente indeciso y con el alma desconcertada y el albedrío en fuga, sino en pleno aislamiento, sólo con su verdad y su pregunta.

Pero Malraux afirma y reconoce en torno una simultaneidad de voluntades heroicas, y pone su fe, con esperanza o desesperada, en la fraternidad viril que las concierta. Es un impulso que vale por sí mismo, aunque haya de atravesar grandes tinieblas, donde pueden hacerse difíciles el mutuo reconocimiento y aun la clara memoria del designio. Esa fraternidad existe... Empíricamente da Malraux cuenta de ella al exaltarla. No es un imperativo formal, ni sólo una pasión que convenga alabar, sino un poder de sentido ético, una virtud que

vuelve. Y ahora digamos que es, realmente, la Europa de los varones dignos la que tiene los ojos puestos en España.

La última presencia de Cervantes entre vida y muerte no era sólo una pregunta suya o de su patria. Era la más decisiva que se hacía Europa en aquel instante... Y hoy, cumplido un ciclo ya perfecto de mentiras, en que no falta ningún pormenor jurídico o retórico, la conciencia europea tiene que aprestarse para una respuesta inminente, clara, inequívoca.

No se habla aquí del negocio español. Ni siquiera de nuestro carácter. Y hemos de aventurarnos a decirlo: tampoco se trata de nuestra independencia, sino de nuestra íntima, real, divina dependencia..., que puede ser horriblemente quebrantada, y con ella—sabadlo—el alma libre y creadora del mundo que hoy auguran los varones dignos.

RAFAEL DIESTE

CONTESTACION A RAMON GAYA

Escribió Ramón Gaya en estas mismas páginas una emocionada carta de un pintor a un cartelista, que suscribo en cuanto se refiere a la crítica de los carteles de guerra que encienden de colores—quizás con excesiva exuberancia—nuestras calles y plazas. Destaca Gaya, con certero sentido crítico, la superficialidad y bajo nivel de eficacia emotiva en nuestros carteles de guerra. No responden éstos, ni mucho menos, a la intensidad del momento que vivimos. De acuerdo con la apreciación del hecho.

Pero comienzo a discrepar cuando, en el desarrollo del razonamiento crítico, aborda Gaya el sentido causal de estos hechos, y concreta, como consecuencia, una sutil conclusión, cuyo alcance, dentro de la intención práctica que encierra, llevaría a nuestros cartelistas a un confucionismo peligroso.

Es indudable que la situación creada por la guerra, pone al cartelista ante nuevos motivos que, rompiendo con la vacía rutina de la publicidad burguesa, trastornan esencialmente su función profesional. Ya no se trata de anunciar un específico ni un licor: Ni la guerra es una marca de automóviles. De acuerdo. Pero es sumamente extraño que el compañero Gaya escamotee de pronto los factores reales del problema planteado cuando insinúa que el único medio de acabar con esa odiosa preocupación por la eficacia, el cálculo, la frialdad mecánica en el cartel, podría hallarse a través del ejercicio del «arte libre, auténtico y espontáneo, sin trabas ni exigencias, sin preocupación de resultar práctico ni eficaz».

La contradicción es evidente, y la confusión entre la función específica del artista libre y del cartelista, punto de partida del error, destaca aquí netamente como causa de la propia contradicción.

Desde el punto de vista de la pura apreciación estética, cosa difícil es determinar el punto donde acaba el cuadro y comienza el cartel. Pero enfocada la cuestión desde ángulo distinto, tomando como base la función social o finalidad que cada cual realiza, puede hallarse la diferencia, si no el límite exacto. Debo señalar, para no caer en el propio error que critico, que no es mi intento sentar definiciones sobre la naturaleza del arte, sobreentendiendo que el arte y la cultura en general tienen en inmanencia y deben tener en conciencia un contenido político y una función social, en el alto sentido de la palabra.

Límite el alcance de estas breves líneas a dos cuestiones capitales: asentar claramente, en cuanto a sus derivaciones prácticas, la diferencia entre el cartelista y el artista libre y a reivindicar ciertos valores técnicos, con los cuales, no comprendo con qué fin, ha hecho tabla rasa el compañero Gaya.

El cartelista tiene impuesta en su función social una finalidad distinta a la puramente emocional del artista libre. El cartelista es el artista de la libertad disciplinada, de la libertad condicionada a exigencias objetivas, es decir, exteriores a su voluntad individual. Tiene la misión específica—frecuentemente fuera de su voluntad electiva—de plantear o resolver en el ánimo de las masas problemas de lógica concreta.

El cartel de propaganda, considerado como tal, existirá y subsistirá mientras existan hechos que justifiquen su necesidad y eficacia. Y mientras estos hechos vivos y actuales—necesidad de mando único en el ejército, de respeto a la pequeña propiedad, de intensificar la producción en el campo, etc.—, respondan a necesidades sociales de incuestionable urgencia, necesitarán siempre del artista—artista especial si se quiere—para propagarlas y reforzar su proceso de realización en la conciencia de las masas.

Las circunstancias de guerra o de revolución, aún en lo que significan como causas de transformación humana del cartelista y de su misión social, no cambian para nada su condición funcional.

Por eso, en el artista que hace carteles, la simple cuestión del desahogo de la propia sensibilidad y emoción, no es lícita ni prácticamente realizable si no es a través de esa servidumbre objetiva, de ese movimiento continuamente renovado de la ósmosis emocional entre el individuo creador y las masas, motivo de su relación inmediata.

Por eso el cartelista necesita de un concepto objetivo sobre las cosas, calcular profundamente sobre la eficacia de sus procedimientos expresivos y de una continua comprobación de su capacidad psicotécnica con relación a la naturaleza de las reacciones de la masa ante su arte.

A este respecto, el temblor de esa «mano desnuda» o de ese «brazo verdadero», cuya plena justificación y condición es el libre albedrío, mal podrían cumplir con la necesidad de servidumbre objetiva que se exige al cartelista.

En estas horas, abiertas a toda fecundación, la idea, la palabra pública, adquiere honda responsabilidad en el momento de abordar la cuestión práctica a que induce el razonamiento crítico. Porque hay ante nosotros extensos núcleos profesionalmente incipientes que necesitan, si no esperan—cuando nos oyen, cuando nos leen—, más que nuestra reacción interior ante su obra, nuestro consejo. Y en el terreno concreto de los problemas vivos como el que nos ocupa, es hoy menos lícito que nunca hacer del propio temperamento una teoría.

En estos momentos en que la guerra, lejos de circunscribirse a las líneas de fuego, tiene su repercusión dialéctica en el mundo subjetivo de tanto hombre que lucha sinceramente contra la parte negativa de su pasado, nadie tiene derecho a debilitar la voluntad de lucha de los artistas de la propaganda, subestimando la condición de su propia función social y política, planteando alegremente, en tajante disyuntiva, la necesidad de liquidar todo un pasado de experiencia artística—aunque ésta sea puramente técnica—como condición indispensable para incorporarse al nuevo orden que amanece.

El cartelista se encuentra, de pronto, ante la complejidad gigantesca de la inesperada situación que le plantea la guerra, que, mediatizando momentáneamente su sensibilidad, le pone en la coyuntura de integrar la nueva emoción en su arte a través de un proceso lento, incrustado en la febril actividad inmediata, sin pararse a renovar sus procedimientos y recursos de expresión, sobre la marcha de una situación que le llama insistentemente, que necesita todas sus horas.

No es justo, para dar salida a un juicio crítico cualquiera, negar categoría humana a ciertos valores de la técnica, apenas vislumbrados aún por nosotros en su madurez conseguida a través de una larga evolución de la experiencia plástica en la historia. El profundo valor expresivo de la tinta plana ya se hizo patente a través de las realizaciones plásticas de Picasso y los cubistas, y en cuanto a la utilización del elemento fotográfico, la práctica del Dadaísmo y de ciertos surrealistas se encargaron de afirmar—a más de esa «utilitariedad fría y documental para la propaganda en el extranjero», a que lo reduce Gaya—su valor emocional y dramático hasta extremos quizás no igualados por los medios tradicionales de la expresión.

Con poco que se extreme esta tendencia puede caerse en peligrosa analogía con las tesis, bien caracterizadas políticamente, de ciertos «intelectuales» que luchan contra el maquinismo, contra el desarrollo de la técnica, para remediar los males que bajo régimen capitalista siembra toda superproducción.

Jamás hay que confundir el valor de los medios técnicos con la equivocada—o nociva—utilización que de ellos pueda hacerse.

Ayer Goya, hoy John Heartfield. Aquél con su mano desnuda y éste con el pleno dominio de la complicada técnica del fotomontaje y hasta del «odioso» sombreado mecánico, son los dos artistas revolucionarios que han sabido llevar el hecho trágico de la guerra a la más alta expresión de la emotividad plástica.

Decir que el pueblo y la guerra merecen otra manera, intentando, además, definirla, me parece excesivo. Quizás más justo fuese decir: otro cartel. Y para

conseguir lo que en el ánimo de todos es necesario, sólo a través de la depuración o purificación, y yo diría que hasta del perfeccionamiento de los medios técnicos más modernos, puede conseguirse.

Confiemos en la juventud de nuestra nueva España. Confiemos en que la sangre española, tan pródigamente derramada, ahogará todo el barroquismo superfluo y odioso, todo cartón o frivolidad en nuestro arte. Confiemos en que el fulgor ardiente de nuestra causa lo purificará todo. Y la guerra contra el fascismo tendrá sus carteles, como tiene sus héroes.

Esperémoslo y cooperemos con nuestro esfuerzo a que sea cuanto antes.

JOSE RENAÚ

TEATRO

En el teatro Principal de Valencia se ha estrenado la obra de José Bergamín y Manuel Altolaguirre, «El triunfo de las Germanías». El movimiento popular del siglo XVI en Levante es evocado por los autores buscando ofrecer al pueblo, en lucha presente contra la tiranía, un paralelo o, más bien, una fusión de ambos movimientos, una actualización del pasado. «El Triunfo de las Germanías» es un título que indica ya el propósito principal de la obra: los esfuerzos dolorosos del pueblo no se pierden, sino que se recogen en esta hora definitiva.

Aunque es, como señaló Altolaguirre en las palabras finales que pronunció, una obra de circunstancias, se advierte en ella la estirpe literaria de los autores: graciosa versificación de línea romántica en que se transparenta la voz de Altolaguirre, y perfiladas sentencias y simetrías de concepto en que se hace presente el castizo ingenio de Bergamín, pero se echan de menos en ella unidad en la concepción y relieve dramático, virtudes entorpecidas por un desbordamiento de escenas accidentales y de alocuciones, con que los autores quisieron, sin duda, reforzar los efectos de propaganda.

Altolaguirre y Bergamín han querido, generosamente, ceder su talento, renunciando un poco a sí mismos; pero esto no fué posible, y la renuncia se llevó, indudablemente, las mejores posibilidades de estos dos magníficos escritores.

La experiencia no sólo servirá en este caso a Bergamín y a Altolaguirre, sino también a todos los escritores y poetas que, como ellos, se han ligado con la espontánea pasión del momento a la causa popular.

Los decorados del escultor Alberto, sobre todo aquellos que representaban las tierras de Castilla, que él tanto ama y comprende, hay que señalarlos como lo mejor que hemos visto en los escenarios españoles desde no recordamos cuándo.

CINE RUSO

La U. R. S. S. nos había dado ya films perfectos, que correspondían a una etapa de disciplina rigurosa, necesitada de una propaganda que los rusos han sabido hacer en cine con una excepcional inteligencia y, muchas veces, con delicada expresividad cuando utilizan el paisaje o un ambiente retrospectivo.

Los últimos films soviéticos presentados en España en plena guerra civil respondían a esta tendencia, y su eficacia como alentadores de entusiasmo está en la conciencia de todos los españoles.

«El Circo» tiene el interés de presentarnos por vez primera una película rusa elemental, imperfecta, pero alegre y asomada a otros panoramas de vida que los exclusivamente preocupados por esa nueva ordenación social a la que aludíamos. También en ella el tema que sirve de fondo—la fraternidad entre los hombres de razas distintas—está desarrollado con miras a una noble utilidad social, pero la atmósfera es otra, y la aparición del amor, ya casi en un primer plano de la trama, nos induce a pensar en la Rusia de la amplia Constitución democrática salida de los rigores de sus años de prueba. Su juventud, vestida de blanco bajo las triunfales banderas, pone su sonrisa de seguridad ante los ojos de los españoles, preocupados aún por su suerte.

Aparte de sus balbuceos y de su ingenuidad, que en cierto modo le dan como un encanto regresivo, la película vale más como significación que como cine en sí.

«La Patria te llama» es otro film ruso presentado en Valencia últimamente. Nos presenta la intimidad del pueblo soviético, el hogar, la fábrica, el pueblo todo viviendo apasionadamente los progresos de la técnica y de la aviación especialmente, en la que nuestros camaradas de la Unión Soviética ponen su ilusión mayor y centran la garantía de defensa de su gran obra constructiva. Luego un simulacro de guerra, que allí representa una guerra verdadera, pero sin tomar el interés que correspondería a este gran suceso, sirve de motivo para un desfile brillante que muestra la capacidad técnica de la U. R. S. S., preparada para repeler cualquier agresión de sus enemigos, y sobre todo para que culmine en las hazañas de su aviación, a quien realmente está dedicada la película. «La Patria te llama» es una cinta de calidad artística bastante inferior a otros films rusos que hemos visto recientemente en nuestras pantallas, pero tiene el hondo interés documental de hacernos entrever, a través de la representación cinematográfica, el carácter de todo un pueblo que vive para la camaradería y el sacrificio.

LA ALIANZA NACIONAL DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

La Conferencia Nacional de las Juventudes Socialistas Unificadas llama a todos los jóvenes españoles, sin distinción de clase ni partido, a unirse para defender la independencia de la Patria amenazada por el imperialismo extranjero.

En uno de los momentos más críticos de nuestra guerra civil se ha reunido en Valencia la Conferencia Nacional de Juventudes.

En contraste con el nacionalismo faccioso, que no vacila en cometer los mayores ultrajes contra la integridad y el honor de España, el espíritu de esta Conferencia ha estado informado por el más auténtico patriotismo y por una clara conciencia de lo que debe unificar las voluntades de todos los españoles, desde los anarquistas hasta los católicos. Todos los ideales que merezcan ese nombre y no sean meros galimatías con que se disfraza la barbarie, se conciertan para la empresa liberadora y constructiva de la República. Y con esta amplitud de criterio la Conferencia Nacional ha establecido las bases de una gran Federación de Juventudes.

Jóvenes de distintos partidos y agrupaciones—socialistas, sindicalistas, comunistas, republicanos de izquierda y centro, nacionalistas vascos y catalanes, U. F. E. H., católicos, etc.—han fraternizado, unidos por el mismo propósito, identificando la dignidad nacional con el mantenimiento de la República y del Gobierno legítimo.

Se hallaban presentes delegados de todas las líneas de combate, oficiales jóvenes que han ganado sus estrellas en las más duras etapas de la lucha, obreros, campesinos, soldados, aviadores, incluso evadidos del campo faccioso que dieron testimonio de los horrores presenciados y de su propia angustia al tener que combatir a la fuerza.

Santiago Carrillo, secretario general, en nombre de 250.000 militantes, informó sobre la empresa más trascendental que debe apoyar este Congreso: Ejército regular, a base de servicio obligatorio, para acelerar la victoria y consolidarla.

En la presidencia de honor figuraban sabios e intelectuales del máximo prestigio que, con su palabra y su presencia, confirman el carácter nacional de este Congreso.

SUMARIO: Antonio Machado: Sigue hablando Mairena a sus alumnos. Dámaso Alonso: La injusticia social en la literatura española. Rafael Alberti: Capital de la gloria. (Poemas.) Juan Gil-Albert: En tierras aragonesas. (Testimonios.) Bernardo Clariana: El poeta Jof Last lucha a nuestro lado. (Testimonios.) Angel Gaos: El discurso del Presidente. Rosa Chacel: Un nombre al frente: Galdós. Antonio Sánchez Barbudo: Momento. Rafael Dieste: Fraternidad viril en torno a España. Jose Renau: Contestación a Ramón Gaya. Teatro. Cine ruso. La Alianza Nacional de la Juventud española. Emilio Prados: Cinco romances de la guerra civil.

V I S A D O P O R L A C E N S U R A



HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

AVDA. PABLO IGLESIAS, 12 — VALENCIA — TELÉF. 16062

CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO
VILLA. ANGEL FERRANT. ANTO-
NIO MACHADO. JOSÉ BERGA-
MÍN. T. NAVARRO TOMÁS. RA-
FAEL ALBERTI. JOSÉ F. MON-
TESINOS. ALBERTO. RODOLFO
HALFTER. JOSÉ GAOS. DÁ-
MASO ALONSO. LUIS LACASA.

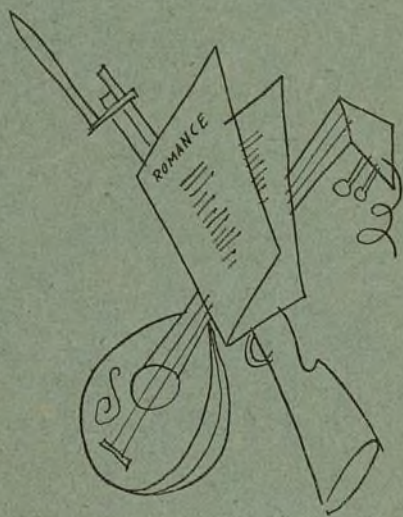
REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE.
A. SÁNCHEZ BARBUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA.

SECRETARIO: *ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO*

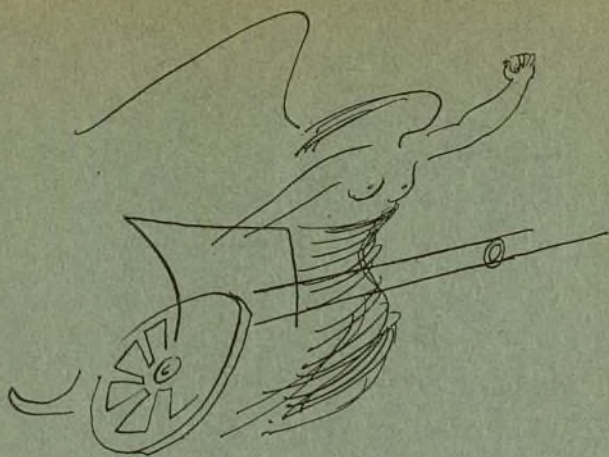
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 12 PTAS.
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAÍSES, 18 PESETAS

Emilio Prados

*Cuatro romances
de la guerra civil*



1936 - 1937



CIUDAD SITIADA

Entre cañones me miro,
entre cañones me muevo:
castillos de mi razón
y fronteras de mi sueño,
¿dónde comienza mi entraña
y dónde termina el viento?

No tengo pulso en mis venas
sino zumbidos de trueno,
torbellinos que me arrastran
por las selvas de mis nervios;
multitudes que me empujan,
ojos que queman mi fuego,
bocanadas de victoria,
himnos de sangre y acero,
pájaros que me combaten
y alzan mi frente a su cielo
y ardiendo dejan las nubes
y tembloroso mi suelo.
¡Allá van! Pesadas moles
cruzan mis venas de hierro;
toda mi firmeza aguarda
parapetada en mis huesos.
Compañeros del presente,
fantasmas de mis recuerdos,
esperanzas de mis manos
y nostalgias de mis juegos:
¡Todos en pie, a defenderme,
que está mi vida en asedio;
que está la verdad sitiada
amenazada en mi pecho!
¡Pronto, en pie las barricadas,
que el corazón está ardiendo!

No han de llegar a apagarlo
negros disparos de hielo.
¡Pronto, deprisa, mi sangre,
arremolíname entero!
¡Levanta todas mis armas;
mira que aguarda en su centro
temblando un turbión de llamas
que ya no cabe en mi cerco!
¡Pronto, a las armas, mi sangre,
que ya me rebosa el fuego!
Quien se atreva a amenazarlo
tizón se le hará su sueño.

¡Ay ciudad, ciudad sitiada,
ciudad de mi propio pecho:
si te pisa el enemigo
antes he de verme muerto!

Castillos de mi razón
y fronteras de mi sueño,
mi ciudad está sitiada,
entre cañones me muevo.
¿Dónde comienzas, ciudad,
o es, ciudad, que eres mi cuerpo?



GRANADA Y MÁLAGA

(*Romance fronterizo*)

Invierno, 1937

Ya pisa enero en el monte,
ya se endurecen las aguas;
blanca está Sierra Tejeda
y entre nubes Parapanda;
tirita Loja entre olivos,
entre piedras Zafarraya,
el sol sus rayos aprieta
al cruzar Sierra Nevada;
ya sobre la Sierra Elvira

presiente el pino la escarcha:
ya entra enero, pisa el frío
sobre el pecho de Granada.

El alto buque del hielo,
baja de Granada a Málaga
y son sudarios sus velas
y sus banderas guadañas;
su timón, hondo gemido,
desesperada llamada
de sus prisioneras vegas
y de su doliente Alhambra.
Su cargamento, memorias
de las últimas jornadas:
el eco de los lamentos,
el silencio de sus tapias,
la quietud de los cipreses,
el temblor de sus descargas,
el terror que huye en la sombra
de sus alamedas altas,
el gemido de sus fuentes
y el de la sangre que mana.

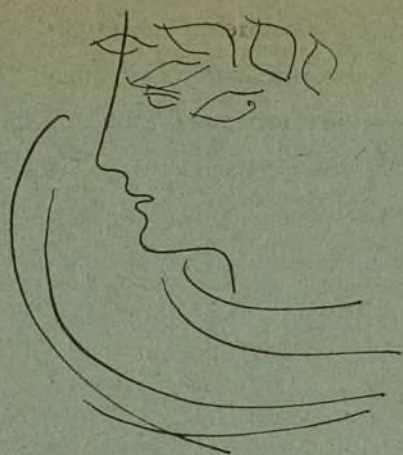
Navega el buque del frío,
lento se acerca hacia Málaga,
su tripulación de espectros
en pie en su cubierta se alza,

y la brújula que lleva
sólo a la muerte señala.

Pasó el verano en dos fuegos,
el del sol y el de las balas;
pisa la nieve el invierno
y aun sigue la tierra en ascuas.

Málaga, sobre tu puerto,
está la victoria anclada;
las agujas del salitre
muerden sobre sus amarras:
córtale ya las maromas
y que vuele hasta Granada,
que está Granada en peligro,
que está cautiva tu hermana.
Deja tu anhelo en sus lonas,
tu corazón en sus aguas,
sobre los planos del tiempo
abre el timón de tus alas
y pronto verán sus vegas
la quilla de su fragata.
Málaga, corta sus cuerdas
y prepara tus batallas:
tus hombres valientes suben
y el buque del hielo baja.

(El viento del mar se quiebra
sobre sus anchas espaldas).



HANS BEIMLER

*Romance dedicado al camarada Hans
Beimler, muerto heroicamente durante el
sitio de Madrid.—Homenaje a las Brigadas
Internacionales.*

Ahora te encuentro, Hans Beimler,
cuando cierras tu jornada;
ahora me acerco a tu cuerpo,
cuando ya tu cuerpo marcha
flotando en un mar de hombros
que lo separa de España.

Dicen que vas muerto, hermano,
pero tu vida no acaba
porque se sequen tus venas
y se hiele tu garganta.
Si están tus venas vacías,
nuestra tierra está empapada
y aun caliente con la sangre
que de tu corazón falta.
Y si está tu lengua quieta,
aun tiene el aire palabras
con que recordar los ecos
de tu voz en las batallas.
Si están tus brazos tranquilos,
aun se mueven tus hazañas
por los campos de Castilla
entre el rumor de las armas.
No es esto morir, hermano,
sino dar vida y hallarla,
que la muerte, cuando es muerte,
de la tierra nos separa
y tú te quedas con ella,
roja semilla que aguardas,
para crecer con la espiga
que hoy defienden nuestras balas.
Naciste lejos, hermano,
pero la Muerte en España,

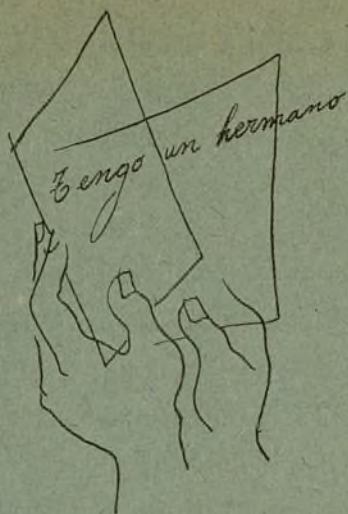
te hizo nacer en su tierra
para ganarte a su patria...

Te habló la Muerte a lo lejos:
—Hermano Hans Beimler, baja
desde los hombros de nieve
de nuestra Rusia lejana.
Cruza los campos franceses,
los blandos campos de Francia,
que hoy para luchar en ellos
tienen tu fuerte palabra
y en los campos españoles
toda tu sangre no basta.

Te habló despacio la Muerte;
tú, escuchaste su palabra.
Ahora la Muerte, vencida,
va en tu cortejo enlutada,
llorándole en tu memoria
el eco de sus palabras.

Salud, Hans Beimler, tu cuerpo
va lejos, pero cercana
tu sangre aquí en nuestro suelo,
moja su caliente entraña:
árboles que se levanten,
te alzarán vivo en su savia.

Vuélvete, duerme tranquilo,
que aunque te vas, en España
quedas hecho tierra y viento,
agua y luz viva del alba.
Si un cuerpo tu vida pierde
un mundo en cambio la gana.



FRAGMENTO DE CARTA

*(Encontrado en una trinchera. Villaverde, 11
noviembre, 1936, sitio de Madrid).*

Tengo un hermano en el frente
que tú no conoces, madre,
que el hermano que ahora tengo
no lleva tu misma sangre.
Un hermano en cada frente
me atan más que tus dogales:
Tengo más atado el cuerpo

que el corazón que en él late.
Tengo un hermano en Asturias,
otro en Aragón combate,
otro por Andalucía,
entre pitas y olivares;
arriba en el Guadarrama,
bajo sus altos pinares
y las agujas del frío,
otro hermano tengo, madre,
y otro por Extremadura,
tierra llana en donde arden
sin ganados las dehesas
y entre balazos el aire.
Subiendo a Guadalajara,
tierra de dulces panales,
que sus abejas vigilan
y sus páramos reparten;
camino ya de Sigüenza
y bien pasado Jadraque,
otro hermano en las trincheras
contra el fascismo se bate.
Y cerca ya de Madrid,
aquí en Castilla la grande,
hay más hermanos conmigo
que estrellas tras de la tarde.
Ni ellos conocen mi nombre,

ni yo sé cómo nombrarles.
Sólo el nombre del que muere
entre nosotros se sabe,
no por llorar su recuerdo,
pero sí por imitarle,
que el que por nosotros muere,
no muere, sino que nace;
y no hay hermano que caiga,
que una espiga no levante.

Madre, no puedo moverme
de mi puesto en el combate,
que el hermano que ha caído
me aprieta sobre su sangre.

No hay corazón más atado
que aquel que no fuerza nadie
y él mismo se ciñe al yugo
que sabe que ha de librarle.

Tengo un hermano en el frente,
otro por mis venas late.
¡España, tierra caliente,
tus cadenas se deshacen!